

Tomado de la obra
ANTONIO F. LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

UN BUEN AMIGO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALFREDO TESTONI

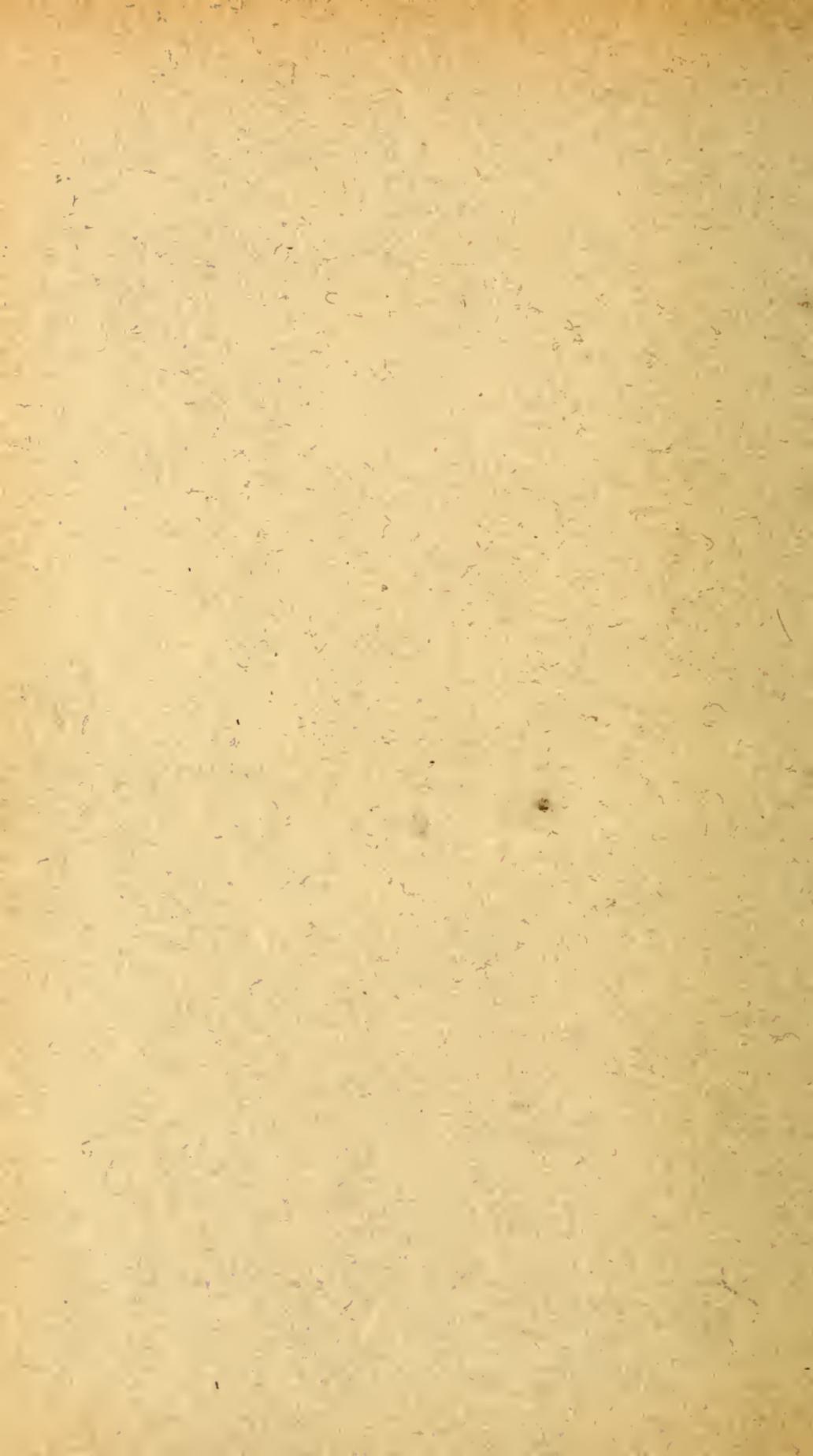
VERSIÓN CASTELLANA



Copyright, by A. F. Lepina y E. Tedeschi, 1920

MADRID ²³
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920



UN BUEN AMIGO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

UN BUEN AMIGO

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ALFREDO TESTONI

versión castellana de

ANTONIO F. LEPINA y ENRIQUE TEDESCHI

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el 22 de septiembre de 1920



MADRID

R. Velasco Impresor, Marqués de Santa Ana, 11 dup.

TELÉFONO, M 351

1920

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LA CONDESA CLOTILDE.....	NIEVES LASA.
LA BARONESA LORENZA DE PRIS- CO.....	SRA. VALERO (D.)
JULIA.....	SRTA. CANTOS.
ADELAIDA.....	ROSALES.
LUISA.....	CARBONELL
LA SEÑORA FARINELLI.....	VIGO.
EL MARQUÉS JUAN SILVESTRE..	SR. VARGAS.
CÉSAR.....	VALENTÍ.
EL CONDE ESTEBAN ROSANI....	MUSCOT.
MISTER STILTON.....	CAMACHO.
FULVIO FARINELLI.....	POMAR.
ARTURO NESTI.....	BÉJAR.
ANSALDO FABI, de la noble familia de San Policarpo.....	VIÑAS.
CASIMIRO,.....	SALAZAR.

~~~~~

La acción en Roma—Época actual.

---

---

Trajes de primavera, de noche, y lujosos en el acto primero; de tarde, en un día de gran fiesta, en el segundo, y de mañana, en el tercero

# ACTO PRIMERO

---

Un salón en el piso bajo del hotel de la Baronesa Lorenza de Prisco.

El salón es amplio y está amueblado con extraordinaria riqueza y muy buen gusto, rindiendo culto a la última moda. Una amplia puerta de cristales al foro, por la que se descubre parte del jardín. Puertas a derecha e izquierda. En un rincón un diminuto secreter. En otro, resguardado por un biombito y palmeras, un confidente y unas butaquitas muy cómodas, forman un íntimo y agradable punto de reunión. El resto del mobiliario a gusto del director y en concordancia con lo expuesto.

Es de noche, una hermosa noche de primavera. El salón está profusamente iluminado por una araña central y lamparitas de sobremesa y de pie.

---

(CASIMIRO, criado de la casa, entra por la izquierda trayendo una bandeja con juego de café, que deja sobre un velador. Al mismo tiempo CESAR y el MARQUES, de frac, entran por el foro.)

CÉSAR (Mirando hacia la izquierda.) ¿Aun siguen en la mesa?

CAS. Acaban de terminar de comer.

MARQ. ¡Menos mal que no nos han esperado!

CÉSAR Para evitarlo envié recado a mi mujer. Casimiro, haga el favor de decir a las señoras que hemos vuelto.

CAS. En seguida, señorito César. (Mutis izquierda.)

CÉSAR (Registrándose los bolsillos) ¿En dónde he puesto la medalla? ¡Aquí está! (Mirándola.) ¡Auténtical De la época de Julio César, y encontrada hoy mismo milagrosamente en las posesiones del Príncipe Palavicino.

- MARQ. (Riendo.) Durante el *paper-hunt*... Pero, dime, ¿tu suegra se cree estas patrañas?
- CÉSAR Cree todo lo que le digo yo. Tiene verdadera chifladura por las antigü-dades, y para verla feliz me basta con traerle cualquier cosa prehistórica.
- MARQ. Por eso eres el mejor cliente de todos los anticuarios, que durante siglos están llenando el mundo de recuerdos de nuestra Roma inmortal.
- CÉSAR Protejo tan simpática industria por patriotismo, y hago el milagro de que mi mamá política adore en mí, deshaciendo al mismo tiempo la leyenda del odio de las suegras a los yernos, leyenda que se remonta a los tiempos de Adán.
- MARQ. Hombre, no tanto. Adán, por su fortuna, no tuvo suegra. Eva no tuvo más que padre, el Eterno. Si llega a tener una madre, eterna también, a estas horas no existía la Humanidad.
- JULIA (Por la izquierda. Muy alegre.) ¡Ah, por fin!
- CÉSAR (Abrazándola con cariño.) Aquí estoy de nuevo entre los brazos amantes de mi bella esposa.
- JULIA (Abrazándole también.) ¡Ya era hora! (Al Marqués.) ¡Marqués... (Le tiende la mano.)
- CÉSAR Señora... Acabamos de regresar. Sólo fuimos a casa a cambiar de traje.
- JULIA ¿Y el niño?
- CÉSAR Al llegar yo, la *nurse* le estaba acostando.
- JULIA ¡Angel mío! Mamá se ha empeñado en que me quedase a comer con ella.
- CÉSAR Ha hecho muy bien. El *paper-hunt* se ha prolongado más de lo que pensábamos.
- JULIA ¿Y te has divertido?
- CÉSAR ¡Muchísimo!
- BAR. (Que entra en este momento.) Y nosotras, en cambio, aburriéndonos de esperar.
- CÉSAR (Besándole la mano.) Queridísima mamá.
- MARQ. (Idem.) Baronesa... Agradecidísimo a su amable invitación.
- BAR. Pero, ¿han comido ustedes?
- MARQ. Nos han dado un lunch abrumador.
- BAR. Entonces, tomarán ustedes café.
- CÉSAR Ha resultado una fiesta brillantísima. Tanto el Príncipe como la Princesa me han encargado muy especialmente que le presentara a usted sus respetos... Y yo, por mi

parte, le traigo una sorpresa. (Le ofrece la medalla.)

BAR. (Cogiéndola.) ¿Qué es?

CÉSAR Una medalla del tiempo de Julio César. Un ejemplar tan raro como curioso, y encontrado en circunstancias verdaderamente notables. Figúrese usted que en un momento en que hicimos alto mi caballo empieza a escarbar en el césped, y a poco descubro bajo su casco un objeto brillante. Me apeo, lo recojo y me encuentro nada menos que con esa medalla, que tiene un valor histórico extraordinario.

BAR. No sabes cuánto te lo agradezco, hijo mío. ¡Qué bonital... ¡Y sabe Dios lo que pueda valer esto!

MARQ. Por el tamaño, en los tiempos de Julio César esto debía ser una moneda de seis liras.

BAR. ¿Estás oyendo, César? Te agradezco mucho el obsequio. Tú siempre tan atento conmigo.

CÉSAR (Al Marqués.) ¿No te lo decía yo antes? Es una suegra modelo. Y me ama tanto a mí, simple burgués, como al marido de su otra hija, a pesar de ser todo un conde y pertenecer a la más rancia aristocracia. No ha reparado en la diferencia de clases con tal de llegar a ser suegra.

MARQ. ¿Qué mejor título que el de yerno?

CÉSAR Ya verás como acaba por inducirte a tí también a que te cases.

BAR. ¿Y por qué no?

CÉSAR (Al Marqués.) Es su idea fija. Casi diría que su manía. Ahora se le ha agudizado desde que la nombraron presidenta de la Sociedad Protectora de las muchachas seducidas y abandonadas.

BAR. Cuidadito, César, que no consiento que te burles de nuestra Sociedad, ¿sabes?... Algunas veces, ustedes los hombres, malas personas, cometen faltas imperdonables. Si todos se creasen ustedes una familia, claro es que teniendo en la estimación debida a las mujeres...

CÉSAR Ahí tienes el sermoncito moral que estaba esperando.

BAR. No, no temas, hijo. Nada de sermoncitos. (Al Marqués.) Yo me encargaré de convertirle a usted también.

- MARQ. Debo decirle a usted, Baronesa, que yo no es que tenga antipatía al matrimonio sino que he visto tantos ejemplos de amigos que se han arrepentido tanto después, que... francamente, he decidido arrepentirme antes.
- JULIA Sin embargo, hay otros ejemplos. Aquí tiene usted en César y en mí un matrimonio completamente dichoso... Una mujer que al cabo de un solo día de ausencia de su marido ya no podía más...
- CÉSAR Figúrate lo que va a llorar pensando en que tenemos que separarnos de nuevo.
- JULIA ¿Cuándo?
- CÉSAR Pero, monina, ¿no sabes que tengo que marchar mañana a Florencia?
- BAR. ¿De veras? ¿Y no te quedas en Roma para ver la entrada del rey de Inglaterra?
- CÉSAR Llega mañana a las dos de la tarde. Saldré después, pero de todos modos maldito el interés que me inspira.
- JULIA A mí me aburre, me enoja extraordinariamente que te marches. De algún tiempo a esta parte nos estamos separando continuamente. Siempre tú por un lado y yo por otro.
- CÉSAR (Abrazándola.) Tonta.
- BAR. (Al Marqués.) ¿Lo está usted viendo?
- MARQ. Ya veo, ya veo que los extremos se tocan... sin respeto a los extraños.
- JULIA ¡A Florencial... Cuando me consta que allí ha tenido mi maridito una amiga de cierta índole...
- BAR. ¡Vamos, Julia!.
- JULIA Me lo ha confesado él mismo. Una mujer muy fea.
- CÉSAR ¡Y antes me decías que era muy guapa!
- JULIA Es que entonces no me había casado aún contigo. Porque sepan ustedes que de soltero, este caballero ha sido un conquistador.
- BAR. (Al Marqués.) No haga usted caso.
- JULIA ¿Que no? Si tal vez eso haya sido la causa de que a mí me gustase más. Y es que realmente no deja de ser lisonjero para una muchacha verse escogida como esposa por un hombre que ha tratado de cerca a muchas mujeres. Es un orgullo haber resultado vencedora entre tantas.

- MARQ. ¡Ciertísimo!
- CAS. (Anunciando.) La señora Condesa Clotilde de Fiorenti.
- JULIA ¿Clotilde?
- (La CONDESA entra por el foro.)
- BAR. (Saliendo a su encuentro.) ¡Querida sobrina! Qué puntual has sido. Pero, ¿vienes sola? ¿Y mi hermana?
- COND.<sup>a</sup> A Dios gracias, está bien; pero ya sabe usted que por las noches es raro que salga. Me ha encargado que le dé a usted muchos besos.
- (El Marqués Juan no puede ocultar su alegría por la entrada de la Condesa. Se muestra inquieto, se la come con los ojos y está impaciente por saludar a esta elegantísima y bella señora.)
- BAR. (A la Condesa.) ¿No conoces al Marqués de Silvestre?
- MARQ. Ya he tenido el honor ..
- COND.<sup>a</sup> Si no estoy equivocada, fué en el festival del Patronato infantil donde fuimos presentados.
- MARQ. Exactamente.
- BAR. (Al Marqués.) ¿No sabe usted que ésta es nuestra primera actriz?
- MARQ. ¿Cómo?
- BAR. ¡Ah! Es que no le he dicho que estábamos organizando una función a beneficio de la Asociación Protectora de las jóvenes seducidas y abandonadas.
- MARQ. En efecto, nada sabía.
- BAR. Todas las noches ensayamos aquí. Cuadros plásticos, canciones y una comedia escrita expresamente para el acto por el hijo de una dama consejera de nuestra Asociación. El muchacho desea estrenar, no le admiten las obras en los teatros...
- MARQ. Y usted va a darle a conocer con motivo de esta fiesta..
- BAR. Estoy segura de que su mamá comprará todas las localidades del teatro. La función será un éxito.
- MARQ. Por lo menos para la caja de la Asociación.
- COND.<sup>a</sup> ¡Pero tía! ¡Nosotras buscando tanto otro actor! Pues aquí le tenemos. (Indica al Marqués.)
- MARQ. Ustedes dispensen, pero en mi vida he pisado un escenario...
- COND.<sup>a</sup> ¡Pero si dicen que no sale usted de ellos!

- MAKQ. Sí, pero me mantengo muy discretamente entre bastidores.
- COND.<sup>a</sup> Le podemos ofrecer un papel de enamorado infeliz en el que si quiere puede lucirse.
- MAKQ. Se lo agradezco muchísimo, pero no he nacido para papeles serios.
- COND.<sup>a</sup> Tiene usted razón. Yo tampoco sirvo para los papeles dramáticos. Me gustan más las piezas divertidas, de enredo, pero en todas las que hemos repasado había alguna mujer infiel, alguna... artista de las pasiones amorosas, y la verdad, un vodevil picante no nos parecía lo más apropiado para la fiesta de una Asociación tan altamente moral.
- MARQ. Podían haber escogido una comedia de esas en las que todo acaba bien. En el teatro a mí me deleitan esas piezas que terminan con una boda o dos.
- BAR. Muy bien, a mí me sucede lo mismo.
- MARQ. Resulta muy divertido ver casarse a los demás. (Decepción de la Baronesa.)
- JULIA (A la Condesa.) Entonces el Marqués puede hacer el papel de marido tuyo.
- MAKQ. ¡Oh, imposible, imposible!
- COND.<sup>a</sup> ¿Cómo? ¿Se niega usted a ser mi marido?
- MARQ. Nada de eso... Al contrario... Pero como no tengo costumbre ni experiencia alguna...
- COND.<sup>a</sup> ¡Tomal! ¿Es que acaso no hago yo el papel de esposa?
- JULIA (Riendo.) ¡Pero tú al menos has estado casada.
- COND.<sup>a</sup> Sí, pero lo he estado tan poco tiempo que me falta práctica.
- BAR. (Afectuosamente severa.) ¡Clotilde!
- COND.<sup>a</sup> Quiero decir que me siento muy a mis anchas en mi papel de viuda y ya no le cambiaría por nada.
- CÉSAR ¡Oh, esto es un complot en toda regla contra el matrimonio! ¿No lo está usted oyendo, mamá?
- COND.<sup>a</sup> (Al Marqués haciendo señas de que no con la mano.) ¿De modo que usted tampoco?
- MARQ. (Repitiendo el ademán.) Tampoco... Francamente, el papel de marido se me hace de mucho compromiso...
- COND.<sup>a</sup> Así como el de mujer es demasiado insignificante. Tarde o temprano, en el matrimonio, la mujer acaba por hacer un papel se-

cundario y resultar una cantidad despreciable.

BAR. ¡Clotilde!... Que me voy a enfadar... El hecho de que tú no hayas tenido mucha suerte con tu difunto esposo no es motivo bastante para que..

JULIA Por lo pronto, protesto y niego en absoluto que la mujer sea una cantidad despreciable.

COND.<sup>a</sup> Estas son observaciones de una viuda. Tú tienes que esperar antes de hablar.

CÉSAR Y hagamos votos porque aún tenga que esperar bastante, por la parte que me toca.

COND.<sup>a</sup> Variemos de conversación, que me parece que mi querida tía está enfadada de veras.

BAR. (Cariñosa.) No merecías que te quisiese como a una hija más.

COND.<sup>a</sup> Es verdad .. Conque, César, ¿qué tal ha resultado el *paper-hunt*?

CÉSAR Brillantísimo.

COND.<sup>a</sup> (Al Marqués.) ¿Usted ha asistido también?

CÉSAR Ya lo creo. El baroncito Ceschi quiso que montase un potro suyo fogoso y asustadizo como el solo.

COND.<sup>a</sup> ¡Ay, por Dios! ¿Y se ha caído usted acaso?

MARQ. Eso es... Por complacer al amigo Ceschi.

CÉSAR No sé si sabrán ustedes que Juan es un buen amigo que tiene la admirable costumbre de sacrificarse siempre por los demás.

MARQ. Eso del sacrificio es una exageración, pero sí es cierto que no sé decir que no a nadie y que de eso se aprovechan mis amigos.

CÉSAR Para lograr tu ayuda...

MARQ. Reservándose luego el derecho de llamarme tonto.

CÉSAR O bien para pedirte dinero prestado...

MARQ. Y no devolvérmele en la vida... Este carácter mío, débil, complaciente, esta condición de que todos me llamen un buen amigo, hace que siempre me vea metido en asuntos que maldito lo que me interesan, incluso en las caídas, según ven ustedes.

COND.<sup>a</sup> (Con amabilidad.) Todo ello demuestra que tiene usted un corazón muy sensible.

MARQ. (Con galantería.) Y cuando me caigo, más sensible todavía. (La mira con intención.)

CAS. (Anunciando.) La señora condesa Rosani.

JULIA ¡Luisa!

- BAR. ¿Mi hija tan temprano? ¡Vaya un milagro!  
(Salen todos al encuentro de LUISA.)
- LUISA (Entra por el foro. Viene presa de una gran emoción. Al ver a tantas personas reunidas se queda confusa.)  
¡Mamá!
- BAR. ¡Hija mía!... ¿Qué pasa?... ¿Has comido?
- LUISA No... Sí... (Saluda.) Hola, Julia... Clotilde... César...
- BAR. (Al Marqués, indicando a Luisa.) Aquí tiene usted a la otra primera actriz. (A Luisa.) ¿Conoces al Marqués de Silvestre?
- MARQ. Me precio de ser un buen amigo del conde Rosani. (Cambio de saludos entre Luisa y el Marqués.)
- LUISA (Con mal disimulada tra.) Ya, ya... De mi caro marido.
- BAR. Pero, ¿se puede saber lo que pasa? ¡Traes una caral... ¿Acaso Esteban?...
- LUISA Tan bueno y tan fresco por mi desgracia.
- BAR. ¿Cómo por tu desgracia?
- LUISA ¡Dispensádmel... ¡Estoy furiosa!... Necesito hablar contigo, mamá... En medio de todo, aunque se enteren estos señores lo mismo da. Mañana lo ha de saber todo el mundo.
- BAR. Pero, ¿me haces el favor de explicar lo que te ocurre? Estamos en familia, puede decirse, conque...
- MARQ. Con el permiso de ustedes me retiro...
- LUISA (Con ironía.) No, no. Quédese. Tenga la bondad... Ya que es usted un buen amigo de mi marido, conviene que sepa qué bello individuo es el tal amigo... Mi determinación está ya tomada... He venido a tu casa, querida mamá, porque estoy resuelta a no volver a la mía; a no vivir más con él.
- BAR. ¡Vamos, mujer! Tú siempre tan exagerada... No me hagas estar intranquila.
- JULIA Tiene razón mamá. Di de una vez lo que te ha pasado.
- LUISA ¿Que qué me ha pasado?... ¿Quieren ustedes saberlo?
- BAR. Pero, hija, ¿acaso no has venido para contárnoslo?
- LUISA Pues sepan ustedes que mi señor marido tiene una amante. (Ríen todos)
- CÉSAR ¿El?... ¿Una amante él? ¡Imposible!
- BAR. ¿Ese pedazo de pan?
- COND.<sup>a</sup> Yo, necesitaría verlo para creerlo.

- LUISA Sí, ¿eh? Pues le he sorprendido leyendo una carta... El al verme trató de esconderla más que de prisa y yo le pregunté: ¿De quién es esa carta? De mi administrador, contestó palideciendo, e hizo con ella una bola y la tiró al cesto de los papeles después de dudar un momento. Yo, aprovechando un instante en que se volvió para cerrar un cajón de su mesa, cogí la carta y aunque él se dio cuenta en seguida, conseguí leer estas palabras: «Nuestros sueños de amor, alma mía... Aquellos bellos delirios, vida mía...»
- JULIA ¡Delirios y todo!
- LUISA El entonces me arrancó la carta de las manos y yo rompí a gritar diciéndole: ¡La que te escribe es una mujer. El intentó negarlo, pero después de haber dicho unas cuantas tonterías, acabó por confesármelo todo.
- BAR. ¿Que lo ha confesado?
- CÉSAR ¡Qué idiota!
- JULIA (Mirando a César.) ¿Idiota porque ha confesado?
- CÉSAR (Rápido para enmendar la plancha.) No, porque ha preferido otra mujer a su bella esposa.
- JULIA Tienes razón.
- BAR. (A Luisa.) Bueno, sigue.
- LUISA Lo que ha balbuceado para justificarse no sabría repetírselo a ustedes... Luego me ha rogado, me ha suplicado... Pero yo he mandado preparar el coche y me he venido aquí.
- BAR. ¿Y él?
- LUISA Que haga lo que quiera. No pienso volver a ocuparme de él ni para bien ni para mal.
- BAR. A todo esto, tú no has comido, no has tomado nada...
- LUISA ¡Quién se acuerda de comer!
- BAR. Vas a hacerme el favor de tomar alguna cosa que así no puedes estar, y luego decidiremos lo que se deba hacer. ¿No te parece, César?
- CÉSAR Sí, lo pensaremos con calma. Porque muy bien pudiera suceder que la carta fuera realmente de su administrador. ¿Verdad, Juan?
- MARQ. Ya lo creo.
- LUISA Un apoderado llamándole «alma mía.»
- MARQ. Los hay muy zalameros...
- LUISA Basta de bromas. ¿No he dicho que él mismo me lo ha confesado?

- CÉSAR Pero, ¿qué es lo que ha confesado?
- LUISA Que quien lo escribía era una mujer.
- CÉSAR ¡Qué estúpido!... ¡Qué estúpido disgusto te ha dado!
- COND.<sup>a</sup> ¿Y quién es esa mujer?
- LUISA ¿Y yo qué sé?
- COND.<sup>a</sup> Pues si no lo sabes es preciso que tengais una explicación.
- JULIA Es verdad. Antes de dar el escándalo, de caer en el ridículo, deja que Esteban se justifique. ¿No te parece, César?
- CÉSAR Me parece que eres una mujercita de mucho talento.
- BAR. Si he de ser franca, me parece que tú pretendes demasiado de tu marido.
- LUISA ¿Pero, cómo? ¿Voy a consentir?...
- CÉSAR Tú no tienes más que orgullo... ¿Es que pretendías tener por marido un corderito?
- JULIA Acaso por una ligereza cualquiera...
- CÉSAR Exacto, exacto. Muy bien.
- JULIA ¿Cómo que muy bien? Muy mal, digo yo... Sin embargo, antes de hablar de separación...
- LUISA Querría yo verte en mi lugar...
- JULIA Lo comprendo, sí, pero...
- LUISA Cuando estas cosas se ven en otra persona siempre se echan a broma, pero cuando le afectan a una...
- BAR. No te negamos que tienes razón, lo que queremos es que no exageres de ese modo... Si realmente resulta que tu marido te ha engañado, entonces no le guardaremos ninguna consideración.
- JULIA ¡Chist! Callen. Me parece que se ha parado un coche en la puerta. (Corre hacia el foro.) ¡Sí! ¡Es él!
- LUISA ¡Yo no quiero verle!
- COND.<sup>a</sup> Tampoco se le puede dar con la puerta en las narices. Debemos oír sus explicaciones. (Al Marqués.) ¿Verdad?
- MARQ. Es natural.
- BAR. El Marqués es íntimo amigo de Esteban y en cuanto a César pertenece a nuestra familia; por lo tanto, creo yo que ellos son los indicados para hablar a tu marido en cuanto se presente.
- JULIA Sí, sí. Es la mejor solución.
- BAR. Ya sabes, César, en qué estimación tan gran-

de te tengo. Tú eres un marido ejemplar que nunca me dará semejantes disgustos, ¿verdad? Confío en ti y en el Marqués.

MARQ. Descuide usted, Baronesa. Ya verá cómo se trata de un simple equívoco.

BAR. (A Luisa.) Tú, entretanto, ven a tomar alguna cosa.

MARQ. Excelente idea. El estómago vacío nos impulsa a la cólera, a la severidad. En una buena digestión nos inclinamos más fácilmente hacia la benevolencia... Saciando el apetito se tirá usted menos deseos de comerse crudo a su marido.

LUISA Con tal de que yo no le vea... (Vase por la izquierda.)

CONDE (Entrando muy azorado por el foro.) ¿Está aquí mi mujer?

BAR. (Haciendo mutis por la izquierda.) Buenas noches.

CONDE Deseaba saber...

JULIA (Mirándole con severidad.) Con su permiso. (Mutis por la izquierda.)

CONDE Pero...

COND.<sup>a</sup> ¡La hemos hecho buena! ¿Eh? (Mirando a César con intención.) ¿Verdad, modelo de maridos? (Al observar que el Marqués la está mirando.) Hasta después, querido amigo.

MARQ. (Embelesado.) Hasta después, Condesa. (Mutis de la Condesa por la izquierda.)

CONDE (Que ya habrá interrogado al Marqués; se dirige a César.) ¿Conque lo saben todo?

CÉSAR Absolutamente todo.

MARQ. Y lo que no saben se lo suponen.

CONDE (Muy tímido.) De manera que...

CÉSAR (Habla en voz alta, punto menos que declamando, con mucha afectación, dirigiendo la palabra hacia la izquierda para que lo oigan las señoras que están en la habitación inmediata.) Mereces que te reprendamos del modo más serio, del modo más severo. Ante los altares has jurado fidelidad a una mujer de altas virtudes, a una dama excelsa que va esparciendo por la senda de la vida el perfume de santidad... De su santidad...

MARQ. (Al ver que César se ha atrancado.) No sólo faltas a la fe jurada sino que cometes el horrendo delito de hacer llorar a una mujer bella, a una mujer toda ternura y delicadeza... toda ternura y delicadeza...

- CÉSAR Toda delicadeza y ternura... ¿Y de qué modo correspondes tú al afecto noble y puro que ella te profesa?
- CONDE (Que los mira muy extrañado.) Hombre, me parece que tú no tienes nada que echarme en cara...
- CÉSAR (Alzando mucho la voz para ahogar la del Conde.) ¡No consiento que me repliques! Ante las lágrimas de esa mujer me he convertido en un juez severo, implacable.
- MARQ. Estamos verdaderamente indignados ante tu bochornosa conducta.
- CÉSAR (Aparte al Marqués.) Vé a ver si nos están escuchando. (Alto.) Se nos ha confiado una misión harto delicada y penosa
- MARQ. (volviendo.) Están en el comedor. No hay nadie ahí.
- CONDE ¿Y qué misión es esa?
- CÉSAR (Cambiendo de tono.) La de llamarte estúpido.
- MARQ. Memo.
- CÉSAR Imbécil.
- MARQ. Idiota.
- CONDE Dispensad, chicos.
- CÉSAR No tienes perdón de Dios. Por una ligereza has causado a toda la familia un disgusto tremendo.
- CONDE Tienes razón. Una ligereza, una debilidad...
- MARQ. Es que la debilidad, la ligereza, la falta imperdonable no es esa. Sino habérselo confesado a tu mujer.
- CONDE Me cogió tan de improviso...
- MARQ. Esas cosas se previenen siempre. El deber de un marido que verdaderamente quiere a su mujer, que se desvive por hacerla dichosa... es no dejarse sorprender. ¿No es así, César?
- CÉSAR Precisamente.
- MARQ. Porque, vamos a ver, ¿en qué estriba la dicha de una mujer enamorada? En estar convencida plenamente de que su marido le es fiel... sobre todo cuando no lo es.
- CONDE Es que yo no la he faltado... ¡Palabral... Una noche, en el music-hall, me presentaron a una mujer monísima...
- MARQ. Sí, Manón... Estaba yo también presente. La amiga del conde Vettori.
- CÉSAR Buenc, ¿y qué?

- CONDE Nada... Que Manón me dijo que estaba loca perdida por...
- CÉSAR ¿Por tí?
- CONDE No. Por el conde Vettori.
- MARQ. ¡Pobrecillo!
- CONDE Pero al cabo de unos días me escribió diciendo que comprendía que desgraciadamente acabaría por volverse loca también por mí...
- CÉSAR ¡Señor, qué corazón tan grande!
- MARQ. Es que Manón resulta algo así como la divina providencia. Siempre está dispuesta a consolar a todo el mundo.
- CONDE Reconozco mi falta. Halagado en mi amor propio le escribí unas líneas advirtiéndola que yo estaba casado con una mujer que quería mucho... pero que así y todo no dejaba de abrigar por ella...
- CÉSAR Cierta simpatía, naturalmente...
- CONDE Para no mortificarla demasiado le dije que ciento cariño...
- MARQ. ¡Ah, ya! ¿Y ella?
- CONDE Insistió con otra carta más apasionada que la anterior.
- MARQ. Pero, ¿qué es esto? ¿Es esta toda la aventura? (El Conde asiente.) ¿Y has dejado suponer a tu mujer sabe Dios qué?
- CONDE Es que Manón, en su segunda carta maldecía del matrimonio y repetía las frases de amor que yo por compasión le había dirigido, glosándolas con otras pasionales. ¿Cómo iba yo a consentir que Luisita las leyese? Además, mi mujer no me ha dejado hablar siquiera.
- CÉSAR Mira, hijo, si he de decirte francamente mi opinión, creo que te conviene no pisar los cafés-conciertos. Cuando uno es... como tú eres, tiene que conformarse con ser el amante... de la propia mujer.
- CONDE Eso es lo que he hecho siempre.
- CÉSAR No hay en tí la madera de un buen marido.
- CONDE ¡Ah, lo que es eso!... ¡Mira quién se atreve a reprocharme!...
- CÉSAR Yo, sí, señor; que me precio de querer a mi mujer muy de veras.
- CONDE Sin perjuicio de engañarla siempre que se presenta la ocasión.
- CÉSAR En eso estás muy equivocado. Yo, por encima de todo, me preocupo de consolidar la

paz y la dicha de mi casa. ¿Sabes quienes son los más convencidos de que yo amo a mi mujer? ¡Ella y yo!

CONDE Sin embargo, no dejas de tener tus amiguitas, ¿eh?

CÉSAR Bueno, pero entre tú, que das lugar a escándalos sin tener ninguna, y yo, que si por casualidad las tengo, no dejo de guardar todo género de consideraciones a mi mujer... Me quedo conmigo.

CONDE Lo cual no quita para que tu mujer, la pobre, resulte engañada cada lunes y cada martes.

CÉSAR No suelen ser esos días.

MARQ. También estás equivocado en eso. Lo más que puede decirse es que César engaña a las demás con su mujer. Es preciso que el hombre se ponga en tales condiciones que cuando llegue el momento de decidir entre la mujer y la amante puede elegir a la mujer.

CÉSAR (Con exagerada expansión, dándole un apretón de manos.) ¡Así, así es como habla un hombre que tiene exacta idea de la moral!... En efecto, nunca quiero yo tanto a mi mujer como cuando...

CONDE Como cuando la estás engañando. Claro, el remordimiento...

CÉSAR No digas vulgaridades. Yo no puedo tener remordimientos, pues de lo primero que me cuidó es de no turbar su dicha.

MARQ. Precisamente lo contrario de lo que haces tú.

JULIA (Entrando por la izquierda.) Bueno, ¿y qué?

CÉSAR ¿Has visto alguna vez a un héroe? (Indicando al Conde.) Pues ahí tienes uno.

JULIA ¿Este un héroe?

CÉSAR ¿Te fías de mí, verdad? Bueno, pues di a Luisita que Esteban merece por completo su perdón, todo su cariño,

JULIA ¿De veras? ¿Y eso?...

MARQ. Nada. Absuelto libremente por no haber cometido delito alguno. Ya iremos nosotros a justificarle.

JULIA ¿Es de veras? ¿Se trataba en efecto de un equívoco? Y pensar que nos hemos tomado todos un disgusto tan grandel... Vamos, Esteban. (Le coge de la mano.)

CONDE (Dudando.) Casi valdría más que nos acompañaras, César.

- CÉSAR. Ya lo creo. Pero arriba esa frente. Así. (El Conde hace mutis por la izquierda punto menos que arrastrado por Julia y empujado por César.)
- MARQ. (Llamando a César.) Oye, tú, una palabra... Para tranquilizar mi conciencia, te advierto que las ideas tan perversas que he expuesto hace un rato a presencia del infeliz ese no corresponden en absoluto a mis verdaderos sentimientos. Las he sostenido unicamente para afirmar tus argumentaciones.
- CÉSAR. ¿Cómo?... No te entiendo...
- MARQ. Como te lo digo. La mejor prueba de ello es que de enamorarme sería yo el hombre más fiel de este mundo.
- CÉSAR. Pero como no te piensas casar...
- MARQ. Eso no quita para que pueda enamorarme... ¡Ay!... Mucho me temo, César de mi alma, estar camino de ello...
- CÉSAR. ¿Tú?
- MARQ. No sé, chico... Se trata de una mujer por la que haría yo todas las locuras.
- CÉSAR. ¡Casarte tú!
- MARQ. Eso ya no. . Además, se trata de una mujer que tiene muchísimo dinero, y yo, en cambio, comparado con ella soy un pobretón.
- CÉSAR. Razón en pro. Así, ella pone el capital y tú la mano de obra. Una Sociedad en comanda.
- MARQ. No, no. Nada de Sociedades de ese género. En el matrimonio las razones sociales acaban generalmente en quiebra, o por lo menos, se modifica su razón añadiendo un «y compañía.»
- CÉSAR. Sin embargo, no me negarás que mi mujer y yo formamos una Sociedad realmente perfecta.
- MARQ. Que no te impide a tí tener una sucursal en la calle Nacional.
- CÉSAR. (Sorprendido.) ¿Tú qué sabes?
- MARQ. Apuesto a que tienes alquilado un pisito en el palacio de Giusti.
- CÉSAR. ¡Qué he de tener!
- MARQ. ¡Tal vez el pisito que tenía el coronel Ferreiro...
- CÉSAR. ¡Hombre, no hables tan alto!
- MARQ. ¿Lo ves? No sé con quién vas a esa casa, pero sé que vas.

- CÉSAR ¿Te quieres callar de una vez? (Se dispone a salir por la izquierda.)
- CAS. (Anunciando.) Los señores de Farinelli.
- CÉSAR Aquí tienes al joven autor de la comedia que vamos a representar y a su mamá. (Sale a su encuentro.)
- FAR. (Muy tímido.) ¿Dan ustedes su permiso?
- CÉSAR Las señoras están en el salón de al lado. Pasen ustedes. Tomen asiento. Tengo el gusto de presentarles a mi querido amigo el Marqués de Silvestre. Será el actor que nos faltaba.
- MARQ. ¡Ah, escé que no!
- SRA. FAR. ¡Oh! Nos hará usted un gran favor. Suprimiendo ese papel la obra perdería muchísimo.
- FAR. Ya nos han suprimido otros tres personajes.
- SRA. FAR. Y además han cortado tres actos de los cinco de que constaba la obra.
- FAR. Me han obligado a añadir una mujer... Me han exigido que cambie el lugar de acción y la época. Sucedió en Alejandría, trescientos años antes de Jesucristo, y ahora todo pasa en Roma, y en nuestros días.
- SRA. FAR. En fin, que todo lo que se podía hacer en la comedia se ha hecho.
- FAR. No la llames comedia, mamá. Era una elegía, pero se ha convertido en un poema dramático.
- SRA. FAR. En el que el astro de Fluvio luce en todo su esplendor. ¿Conocerá usted poesías de *Fúlgidus*? *Fúlgidus* es Fluvio, es su pseudónimo.
- MARQ. Oh, ya lo creo. He leído muchos versos suyos. ¡Muchísimos! Realmente su hijo tiene un talento descomunal. Estupendo.
- SRA. FAR. Estupendo. Esa es la palabra. ¿Conoce usted la obra?
- MARQ. No, pero me han dicho que también es una estupidez.
- SRA. FAR. ¡Oh, muchas gracias, caballero!
- BAR. (Por la izquierda.) Te estábamos esperando, César. (Aparte.) ¿Conque lo de Esteban...?
- CÉSAR Ya le explicaremos a usted. Un equívoco, un simple equívoco.
- BAR. Siendo tú quien una vez más me lo asegura así... (A los Farinelli) Señora... ilustre autor... siéntense.
- FAR. Me he permitido traer el manuscrito de mi

obra, modificado y corregido. Siguiendo sus consejos he cortado todo el tercer acto...

COND.<sup>a</sup>

Ya hablaremos de eso. Yo también me voy a permitir pedir al autor un pequeño favor. Era preciso arreglar la obra de manera que la acción fuese en invierno. Mi modista de París acaba de escribirme diciendo que le es imposible enviarme mi traje de Princesa antes de un mes..

FAR.

El caso es...

SRA. FAR.

¿Qué te parece, Fúlgidus? Ya cambiaste la acción para que en vez de trajes griegos lucieran las señoras *toilettes* del día...

FAR.

El caso es que como el segundo acto es durante la siega del trigo...

SRA. FAR.

Recuerde usted, Clotilde, aquellos hermosos versos que usted dice: «Cubiertos los campos por mares de rubias espigas»...

COND.<sup>a</sup>

Puedo decir: «Cubiertos los campos por mares de cándida nieve».

BAR.

(Riendo.) ¡Eso es, y el consonante que se vaya a paseo!

FAR.

¡Los doscientos noventa y dos consonantes de esa escena!

COND.<sup>a</sup>

De todos modos, vamos a tratar de arreglarlo todo. Yo no puedo sacar los trajes de verano del año pasado. (Repasan el manuscrito.)

MARQ.

(Al conde.) ¿Habéis hecho las paces por fin?

CONDE

¡Cál! ¡Ni soñarlo! La única palabra que me ha dicho ha sido: ¡Miserable!

MARQ.

¡Como en los melodramas!

BAR.

¿Quieren ustedes que empecemos a ensayar?

FAR.

Aún no ha venido mister Stilton.

MR. STIL.

(Presentándose por el foro. Es un caballero muy obeso, rojo como una amapola. Habla con marcadísimo acento inglés.) Aquí está mister Stilton. Mi señora Baronesa... Señoras.. Caballeros... (Saluda a todos, mezclando las palabras inglesas que el actor juzgue oportunas, pero siempre con una pronunciación casi ininteligible del castellano.)

BAR.

Ya era hora, mister Stilton. Me disponía a imponerle una multa por su tardanza... Ya tenemos el actor que nos faltaba... (Presentando.) El Marqués de Silvestre.

MARQ.

¡Oh, lo que es yo actor!...

BAR.

Mister Stilton, primer secretario de la Embajada de Inglaterra y nuestro apuntador.

MR. STIL.

Estar encantado de apuntarle a usted tam-

bién... bien que con muchos tropezones... Pero no podía hacer otra cosa y me han es- cogido para el apuntar.

MARQ. Claro, a causa del acento...

MR. STIL. No... acento no tengo mucho declamando... a causa de la obesidad... La obesidad es mi- eximente en la guerra, en el teatro...

BAR. (Al Marqués.) Aquí tiene usted su papel co- piado.

MARQ. Pero no le digo a usted, Baronesa...

BAR. Puesto que tiene usted la buena costumbre de sacrificarse siempre por los amigos...

COND.<sup>a</sup> (Aproximándose a este grupo.) ¿A mí no me salu- da usted, mister? ¿Qué le he hecho para que esté tan desdeñoso conmigo?

MR. STIL. ¡Ah, dispense, Condesa!... Aunque la ver- dad, tenía yo el motivo para estar el resen- tido con usted que no me hace el honor de verme cuando me encuentra por la calle... También anteayer la salude, y nada.

COND.<sup>a</sup> ¿A mí? ¿Dónde? ¿Cuándo?

MR. STIL. Estaba usted saliendo del portal del palacio- de Giusti, en la calle Nacional...

MARQ. (No puede contener un gesto de sorpresa que a duras- penas puede disimular.) ¿Usted?

COND.<sup>a</sup> (Se turba, pero en seguida se repone.) ¡Ah, sí!... Puede... Puede ser muy bien... Sí... ahora me acuerdo... Salía de casa de mi modista que vive precisamente en el palacio de Giusti.

BAR. ¿Qué tal es esa modista?

COND.<sup>a</sup> Una de las mejores de Roma.

BAR. Pues es muy posible que le encargue algo... La de París me tiene harta... ¿Han dicho ustedes que vive en el antiguo palacio de Giusti?...

COND.<sup>a</sup> Sí. (En seguida, cortando la conversación.) Pero, ¿no- ensayamos?

BAR. (Entregando el manuscrito a mister Stilton.) Ya verá usted, señor secretario, qué de modificacio- nes he tenido que introducir.

MR. STIL. ¿Más todavía? ¡Oh, que gran lío que me voy meter!... De ser así, sepan que yo no res- ponder...

BAR. Ensayaremos a diario y no habrá cuidado. Mañana dedicaremos la tarde entera.

MR. STIL. Mucho sentir, pero mañana estoy muchísi- mo comprometido a consecuencia de la lle-

gada del Rey de Inglaterra. Tengo que figurar en la comitiva.

BAR. De gran uniforme, supongo... ¡Qué arrogante estará nuestro primer secretario en el ejercicio de sus funciones!

MR. STIL. Mal, pero mejor que haciendo de apunador, seguramente.

BAR. Los que no ensayan, que hagan el favor de hablar en voz baja.

SRA. FAR. ¡Y el señor Nesti sin parecer!

BAR. Es verdad. Este dichoso secretario de nuestra Asociación siempre lo mismo... El autor que se ponga aquí... Saltemos las primeras escenas. Como casi todo el mundo llega al teatro tarde, aunque no se sepan bien... Empecemos por la escena de Esteban.

CONDE (Avanzando tímidamente.) ¿Me toca a mí?

BAR. (Bruscamente.) ¡Sí; a ti, a ti!

MR. STIL. Escena séptima. Adrián y Alma.

JULIA Vamos, Luisita.

LUISA (Avanza de mal talante y se coloca volviendo la espalda al Conde.) Vamos.

MR. STIL. «Alma ve a Adrián y hace un gesto de sorpresa. ¿Qué veo? ¿Eres tú? ¡Sí!... ¿No sabes que soy celosa?»

LUISA (Repetiendo muy friamente.) ¿Qué veo? ¿Eres tú?

BAR. Pero si vuelves la espalda, ¿cómo le vas a ver?

MR. STIL. (Leyendo con mucha dificultad y dando el mismo tono a la acotación que al verso.) «¿Qué veo? ¿Eres tú? ¡Sí! Con mucha fogosidad. ¿No sabes que soy celosa? Tiernamente.»

LUISA (Con rabia y sin mirar al Conde.) ¿No sabes que soy celosa?

SRA. FAR. ¡Qué verso tan dulce!

LUISA Ruego al autor que suprima esta pregunta de Alma, que me parece completamente inoportuna.

FAR. Yo, por mí... pero el consonante...

MR. STIL. Suprimida es. (Borra con un lapicero.)

CONDE Pero entonces yo ya no podré decir «¿Qué celos tienes de mí, mi bella y querida esposa?»

MR. STIL. Pues suprimido también esto. (Borra.)

FAR. Es que yo decía...

MR. STIL. Une, une bien. Además, a mí como soy inglés, me costaba trabajo pronunciar esto.

BAR. Adelante.

- MR. STIL. «Alma con gran alegría. ¡Qué alegría verte aquí! Dime otra vez que me adoras con pasional acento.»
- LUISA (Muy friamente.) ¡Qué alegría verte aquí!
- FAR. Perdone usted la libertad, pero me atrevería... dispéñseme... Me voy a permitir rogarle que dé un poquito más de pasión a la frase...
- LUISA Sí, sí. Comprendido. El día del estreno.
- MR. STIL. «Adriano. Una y mil veces por ti contando pasé las horas.»
- CONDE Una y mil veces por ti contando pasé las horas.
- MR. STIL. «Que faltaban por llegar. Avanza hacia ella.»
- CONDE (Declamando con mucho énfasis.) Que faltaban por llegar avanza hacia ella.
- SRA. FAR. ¡No!... Declama usted hasta las acotaciones.
- CONDE Tiene la culpa el apuntador. Yo me sé el papel.
- MR. STIL. Fíjese, fíjese, que yo claro le apunto. «Que faltaban por llegar a tenerte a mis brazos.» (El Conde avanza hacia Luisa con los brazos abiertos.)
- LUISA ¡No me toque usted!
- MR. STIL. ¡No! Eso es del tercer acto. Ella contesta ahora: «Yo también ansiaba estar cogida en tan dulces lazos.»
- LUISA Eso me parece una tontería.
- MR. STIL. Pues ser suprimida esta escena.
- SRA. FAR. ¡Hijo mío, te están cortando lo mejor!
- BAR. Lo que sucede es que tú recitas sin pasión.
- LUISA Soy la primera en decirlo. No me encuentro con aptitudes bastantes. Que haga otra este papel. Me parece que esta estúpida de Alma se pasa toda la comedia diciendo simplezas... No la entiendo. Dispéñseme la franqueza, señor Farinelli... Tal vez suprimiendo esa escena de ternezas... (Se sienta enojada.)
- FAR. Si le parece, añadiré unos cuantos versos para explicar mejor...
- BAR. Eso, sí; añada usted, para compensar, pues me temo que la obra con tantos cortes no dure arriba de diez minutos.
- FAR. Con el permiso de ustedes. (Recoge el manuscrito.)
- MR. STIL. Escriba con letra clara, por Dios. (En el rinconcito íntimo resguardado por el biombo, la Condesa, sentada junto a César, habla con él, simulando una gran indiferencia.)

- COND.<sup>a</sup> Es inútil que insistas... No quiero volver... Todo el mundo me ve entrar y salir.
- CÉSAR ¿Pero si allí vive una modista y tú vas precisamente a su casa!...
- COND.<sup>a</sup> Además, me parece que estás muy frío conmigo...
- CÉSAR Mujer, hazte cargo... Por ti lo hago.
- COND.<sup>a</sup> Sí... Todo lo haces por mí... Por lo pronto, mañana te vas a Florencia... ¿Qué hay en Florencia que tanto te atrae?
- CÉSAR El concurso hípico. Eso es todo. No te alarmes.
- COND.<sup>a</sup> Yo mientras tanto, aquí discurriendo y consumiéndome y tú haciendo lo que te da la gana y divirtiéndote a tu antojo, para luego salir con la consabida muletilla: ¡Por ti lo hago! ¡Nada más que por ti!... (Sin querer se ha ido excitando con sus propias palabras. La Baronesa, charlando con el Marqués, ha avanzado hasta descubrir a César y a la Condesa, y se queda observándolos. César lo nota, y con mucho ímpetu, dice):
- CÉSAR ¡Muy bien! ¡Bravo! ¡Tal vez sea algo exagerado el acento con que has dicho esa última frase, pero así y todo recitas divinamente. ¿Ha oído usted, mamá, qué bien ha comprendido su papel?
- BAR. (Satisfecha.) ¡Como que es la primera actriz! ¡No faltaba más!
- MARQ. ¡Qué bien ensayan ustedes! (Con intención.)
- CAS. (Anunciando.) El señor Nesti. (Todos acogen al señor ARTURO NESTI con un «¡oh!» burlón.)
- JULIA ¡Por fin! ¡Dichosos los ojos!
- (Arturo Nesti besa la mano a la Baronesa.)
- BAR. Ya era hora, querido secretario.
- ART. Señoras... señores... perdón. Acaso les parecerá algo reprochable mi traje para estas horas... Pero vengo de probar mi nuevo auto... Con el otro llegué a una media de setenta por hora. Con este he cubierto cuatrocientos kilómetros en cinco horas y cuarto.
- BAR. Parece mentira que teniendo autos que corren tanto, usted llegue siempre tarde. Le estamos esperando desde las siete.
- ART. ¿Cómo esperándome?... Me extraña mucho que me hayan estado esperando ustedes. ¿Dónde está César?
- CÉSAR Aquí estoy.

- ART. ¿No te encargué que pidieras a las señoras perdón en mi nombre porque hoy iba a tardar?
- CÉSAR Sí... Tengo una idea.
- ART. No, no. Recuerda, recuerda, que parece que lo dices por disculparme. Anteayer te anuncié que hoy tenía que probar el coche. Te llamé para decírtelo anteayer por la mañana, acuérdate, cuando salías del palacio de Giusti.
- MARQ. ¡Hombre!
- CÉSAR Sí... sí. Ahora me acuerdo. (Muy apurado y tratando de disimular.)
- BAR. ¿Es que tú también salías de casa de la modista? (Momento de expectación. Mucha y adecuada expresión en las caras de todos los personajes.)
- CÉSAR (Muy tranquilo, pues se le ha ocurrido una idea.) ¿Quién? ¿Yo?... No, mamá. Salía de casa de éste, del Marqués de Silvestre. Nos habíamos reunido allí para acordar los últimos detalles del *paper-hunt*.
- BAR. ¡Ah, ya! ¿Conque el Marqués vive en el palacio de Giusti?
- MARQ. (Muy apurado y mirando alternativamente a César y a la Condesa.) Ya... eso es. Yo vivo allí precisamente.
- JULIA ¡Qué situación tan bonita!
- MARQ. ¡Oh, la situación!... ¡Magnífica!
- JULIA ¿Vive usted acaso en el piso de los balconcitos volados tan bonitos?
- CÉSAR (Muy satisfecho por el giro que ha tomado el asunto.) Justo. Tiene un piso monísimo... Claro es que un pisito de soltero.
- BAR. ¿Y vive enteramente solo?
- CÉSAR Tiene consigo a un criado bastante anciano. (Procura alejarse del Marqués.)
- MARQ. (Enojado.) ¡Ancianísimo!... Como que me llevaba en brazos cuando yo era niño... (Intenta alcanzar a César, que le esquiva.)
- BAR. Ahora que tenemos al señor Nesti podemos empezar el ensayo.
- SRA. FAR. Sí, más vale volver a empezar.
- MARQ. (Consiguiendo ponerse delante de César.) Pero, ¿se puede saber siquiera en qué piso vivo?
- CÉSAR (Riéndose.) En el primero, hombre. Puedes estar tranquilo que no te he obligado a hacer un mal papel. Es un pisito muy *chic*. (Se aleja de nuevo.)

- COND.<sup>a</sup> (Que al principio se había alarmado justamente, ahora se divierte mucho viendo los apuros del Marqués. Se dirige a él y le dice con acento cómicamente sencillo.)  
Y diga, Marqués, ¿lleva usted mucho tiempo viviendo en esa casa?
- MARQ. No puedo decírselo a usted a punto fijo, por la sencilla razón de que César no me lo ha dicho todavía. (Contesta muy enojado.)
- COND.<sup>a</sup> ¿César?... No comprendo qué tiene que ver...
- MARQ. Pero me parece que yo habito en el palacio de Giusti precisamente desde que vive allí la modista de usted.
- COND.<sup>a</sup> (Un poco molesta.) Lo entiendo todavía menos.
- MARQ. (Animándose.) No se apure usted, señora... Lo entiendo yo e o... Yo, que cuando menos me lo esperaba, me encuentro con una casa más... ¡Nada!... Lo de siempre. En el momento en que alguien se ve en un apuro, recurre a mí para que le saque de él... Pero lo que me pasa esta vez es sencillamente estupendo... ¡Yo que me había forjado la ilusión... Es decir... En fin, para abreviar, que esta sorpresa no me la esperaba ni por lo más remoto y le doy a usted mi palabra de que me ha herido en el fondo del alma. Se me ha clavado aquí. (Señala el corazón.)  
(La Baronesa ha avanzado un momento antes y se queda sorprendida mirando con los lentes al Marqués.)
- MARQ. (La ve y se queda un momento confuso.) Estaba intentando también yo ensayar alguna escena... pues comprendo que el papel que voy a hacer es brillantísimo. (La Baronesa dice que no con la mano.) ¿Qué dice usted?
- BAR. Digo que no.
- MARQ. ¿Lo duda usted acaso?
- COND.<sup>a</sup> Te aseguro, tía, que estaba ensayando.
- BAR. (Con un leve acento irónico.) ¿Estaba usted ensayando realmente? Porque, en verdad, decía usted esas frases con un ardor, con una pasión tan sincera que sólo se concibe en un gran artista. En un verdadero gran artista.
- MARQ. Vaya usted a saber... A veces, donde menos se piensa...
- BAR. Entonces, no me diga usted que no ha trabajado nunca en el teatro.
- MARQ. Le diré a usted, Baronesa ..
- BAR. Nada, que ha resultado usted una verdadera providencia para nosotros. (Alto, volviéndose

se al grupo.) Señores, hemos dado con un gran artista que les va a dirigir a todos...

- SRA. FAR. ¿Quién es?  
CONDE ¿Desde cuando tenemos esa suerte?  
FAR. ¿De veras?  
ART. Venga su nombre.  
CÉSAR Pero, ¿quién es?  
BAR. El Marqués de Silvestre.  
JULIA ¡Oh, qué bien! Necesito de sus lecciones.  
LUISA ¡Y yo!  
COND.<sup>a</sup> ¡Y yo también!  
MARQ. ¿Usted también? Usted como primera actriz no necesita lecciones de nadie.  
BAR. Vamos, pues, a ensayar.  
MARQ. Mañana, mañana. Necesito leer la obra, estudiarla... Mañana, en tres o cuatro horas bien aprovechadas...  
MR. STIL. No poder ser. Mañana yo no poder apuntar y estar en la comitiva.  
CÉSAR Es verdad, que mañana llega el rey de Inglaterra. Hay que ir a ver el lucido cortejo y a nuestro secretario en traje de gala.  
JULIA Por los preparativos va a ser una cosa digna de verse. ¿Me acompañas, mamá?  
BAR. Con mucho gusto, hija mía... Pero no tenemos balcones... Ah, se me ocurre una idea. El cortejo pasa por la calle Nacional, ¿verdad?  
MR. STIL. Claro, señora.  
BAR. Entonces, Marqués, ¿quiere usted ser tan amable que nos permita invadir su casa para ver desde sus balcones el paso de la comitiva?  
MARQ. (Mira a César y a la Condesa y se le ocurre tomarse la revancha.) ¡Ya lo creo!... ¡Yo que no me niego a nada, cómo iba a negarle a usted!... Con muchísimo gusto. Es para mí un placer y un honor.  
CÉSAR Pero... ¿No me habías dicho que mañana no estarías en Roma?  
BAR. No, si justamente acaba de ponerse a nuestra disposición para el ensayo de mañana.  
MARQ. Es cierto... (A todos.) Y si ustedes quieren honrar tan bien mi modesta morada... Nada de cumplidos.  
BAR. Pero ¿cuántos balcones tiene usted?  
MARQ. Pues... Exactamente no lo recuerdo ahora... Es decir... (Mirando a César.) Dos... tres... cuatro...

- BAR. ¿Cuatro? ¡Qué bien!
- CÉSAR (A la Condesa.) ¡Se ha vuelto loco!
- MARQ. (A la Condesa.) ¿Y usted, Condesa?
- COND.<sup>a</sup> (Muy serena y tranquila.) Acepto con verdadero placer tan galante invitación.
- BAR. Pues nada, mañana por la tarde, todos en casa del Marqués.
- CAS. (Por la izquierda.) La señora Condesa está servida.
- BAR. ¿Quién desea tomar un refrigerio? (Lentamente y charlando los caballeros y las señoras se dirigen hacia la izquierda.)
- CÉSAR (Al Marqués muy enojado.) ¡Me la has jugado buena!
- MARQ. ¡Hombre, siempre he de ser yo el que pague el pato! Esto de hacerme inquilino de un piso al que vas con la Condesa es ya el colmo, amigo mío...
- CÉSAR Te aseguro que allí no voy...
- MARQ. Vamos, no me creas tan imbécil. Es lo único que faltaba. Ahora, tú verás cómo te las arreglas para salir del paso.
- CÉSAR Muy bien. Puedes mostrarte contento por la gracia. ¡Valiente amigo!... Sencillamente me has perdido.
- MARQ. Mira, César... lo siento... Me duele... pero quisiera haberte visto en mi lugar... Ya sabes que no sé decir que no a nadie...
- CÉSAR ¡En menudo compromiso me has puesto!
- MARQ. (Sinceramente conmovido.) Perdóname... He hecho mal, lo comprendo... Habría que buscar cualquier pretexto... (Viendo a Stilton que se ha quedado en la mesita tachando el ejemplar.) Oiga, mister Stilton... Usted que es hombre de grandes influencias, que pertenece precisamente a la embajada inglesa... ¿no tendría usted medio de impedir que entrase mañana el rey?
- MR. STIL. Ob, qué bromista ser el Marqués... Estos latinos ser graciosos por arrobas. (Vase por la izquierda.)
- MARQ. (Encogiéndose de hombros.) ¡Chico, no se me ocurre otra cosa! Ya ves que he puesto todos los medios para salvarte... Yo soy siempre un buen amigo. (Se dirige hacia la izquierda. César se sienta desesperado y cae el telón.)



## ACTO SEGUNDO

---

Un salón bastante espacioso en la casa-palacio de Giusti. Un balcón en el foro, por el que se verá una calle espaciosa. Una puerta en la derecha y dos en la izquierda. La habitación está exornada con valiosos muebles antiguos. Estos muebles han de ser realmente antiguos y de mérito, de ningún modo pretenciosas imitaciones modernas. Están bien cuidados, aunque no perfectamente conservados. Es un mobiliario antiguo de una familia noble y rica venida a menos, no el mobiliario moderno de una familia advenediza que pretende amueblar su casa con tono de antigüedad.

Para que la escena esté más apropiadamente servida se deja la elección de muebles a juicio del director. Los necesarios para la acción son: un diván, una mesa, bargueño abierto o bufete con recado de escribir. Un retrato de un cardenal en un marco de talla antigua. Una pequeña miniatura, un album de retratos, un pequeño cuadrado en cobre con la figura de un niño. Una mesa central, no muy grande. Un mueble que pueda hacer oficio de aparador, sin serlo realmente. Un vaso antiguo en mármol o bronce, etcétera, etc. Buenos cuadros en las paredes y sobre los muebles bastantes objetos de arte. Unos floreros y unos cuantos platos de una vajilla con escudo nobiliario.

Es de día.

---

ADEL. (Llamando antes de entrar por la puerta segunda de la izquierda.) ¿Se puede? ¿Da usted su licencia?... (Entra.) ¡Vaya, no hay nadie! (Trae un ramo de flores en la mano. Entra por la misma puerta el conde FABI DE SAN POLICARPO. Viste de levita y trae en la mano unos cuantos platos y bajo el brazo una escoba.) Deja esos platos, hombre. (Al ayudar a Ansaldo a colocar los platos en un mueble se cae uno y se rompe.) ¡Ay, Dios mío!

- ANS. (Con pena.) ¡Otro plato menos!... Ya no quedan más que diecinueve de una vajilla que sirvió para cincuenta cubiertos en los banquetes de la muy noble casa del Conde Fabi de San Policarpo.
- ADEL. Esto está lleno de polvo. (Repasando los muebles.)
- ANS. (Limpiando.) Déjame. La condesa Adelaida de San Policarpo no debe ensuciarse las manos.
- ADEL. ¿No te las ensucias tú acaso, conde? .. ¡Vaya por Dios. Reducidos a alquilar habitaciones amuebladas!
- ANS. ¡Y gracias a que se alquilen!
- ADEL. Conde Fabi...
- ANS. ¿Qué quieres, condesa?
- ADEL. Tienes un horrible roto en la levita.
- ANS. La polilla es tan aborrecible como la democracia. Lo mismo roe la levita del noble que la chaqueta del artesano. (Moja el dedo en un tintero que habrá sobre el bufete e intenta disimular las picaduras de la polilla.) El destrozo es irreparable.
- ADEL. No. Con un hábil zurcido y un pedazo de forro nuevo se disimulará el deterioro.
- ANS. Pero en tanto haces el zurcido no me parece digno mostrarme en mangas de camisa.
- ADEL. Bien es cierto que no tienes otra prenda decorosa, pero podías ponerte una americana de nuestro huésped del pasillo.
- ANS. ¡Oh! Presentarse el Conde Fabi de San Policarpo de americana ante los demás huéspedes. ¿Te parecería decoroso, condesa Adelaida?
- ADEL. Ponte el frac.
- ANS. No es la hora muy apropiada... Pero teniendo en cuenta la solemnidad, el paso de tan regia y solemne comitiva por nuestra casa... No será cosa muy censurable, ¿verdad, condesa?
- ADEL. Todo lo contrario.
- ANS. Pues me lo pondré.
- ADEL. Aquí, por lo visto, no ha venido nadie desde ayer.
- ANS. No. Todo está en su sitio. (Mirando el interior de los cajones.) Cigarros, cigarrillos, licores... Todo está como ayer. (Guardándose en el bolsillo unos cigarros.) Algo mejores los fumaba yo en mis buenos tiempos. Bah, estos burgue-

- ses modernos no tienen gustos refinados.  
¿Deseas servirte una pastita, condesa?
- ADEL. Con mucho gusto.
- ANS. Con mucho gusto yo también. (Se guarda algunas.)
- ADEL. Si Dios quisiera que este señor no viniera tampoco hoy podríamos presenciar el desfile del rey de Inglaterra por detrás de las persianas, porque con los otros balcones no hay que contar.
- ANS. O bien podríamos alquilarlos si se presentaba ocasión. Por lo regular, el señor abogado viene por aquí únicamente cuando tiene que despachar algún asunto reservado y de importancia.
- ADEL. (Meneando la cabeza.) ¡Asuntos reservados!... ¡Y tan reservados!...
- ANS. Condesa... ¿Por qué aventurar juicios temerarios?... Si fuera cierto lo que insinúas tendrían bastante con esas habitaciones inmediatas. (Indica la puerta de la derecha.) Y en cambio me dijo que necesitaba un despacho o sala que también pudiera servir de comedor, y otros departamentos todos elegantes, en concordancia con su clientela. Me es grato creerlo así.
- ADEL. Suele almorzar aquí... y no solo.
- ANS. No profundicemos, condesa. Me es grato suponer que toma un refrigerio con sus clientes cuando las consultas son largas.
- ADEL. ¿Y el retrato de mujer que tiene en la alcaoba dentro del cofrecillo tallado y que dice: «Para cuando no estoy aquí»?
- ANS. Me es grato suponer que es el retrato de su hermana.
- ADEL. ¡Qué ilusión tan noble!
- ANS. Por otra parte, hemos alquilado ya estas habitaciones, las mejores de la casa, a diputados, senadores, diplomáticos... ¿Por qué sospechar de este señor?
- ADEL. Porque paga el alquiler con una puntualidad asombrosa, y no ha rebajado ni un céntimo del precio que le pedimos.
- ANS. Eso es cierto... Y hasta se aviene a pagar el sueldo de un criado que no existe y no nos regatea ningún anticipo...
- ADEL. Ni se permite la menor observación en las cuentas que le presentamos.

- ANS. Tan nobles cualidades me inclinan a la transigencia, y me obligan a deponer mi natural orgullo, atendiendo todos sus deseos e indicaciones.
- ADEL. Verdad es también que estas habitaciones están alhajadas con lo mejor del mobiliario y los más preciados objetos de arte de la noble casa del Conde de San Policarpo.
- ANS. Que poco a poco van pasando al Monte de Piedad o a casa de los anticuarios.
- ADEL. Si el señor abogado tuviera la suerte de romper alguna cosa, como la porcelana de Sevres...
- ANS. En aquella ocasión me parece que te excediste pidiéndole quinientas liras cuando quiso indemnizarnos por el desperfecto, pues vendiste el florero al día siguiente como si hubiera estado nuevo...
- ADEL. (Terminando de colocar las flores.) Estas, un poco marchitas, se las pondremos al coronel... Vámos, vamos, que me parece que he sentido el llavín en la puerta... (Vase corriendo por la segunda izquierda.)
- CÉSAR. (Entrando preocupado; a Ansaldo, que también se iba.) ¡Ah!, ¿es usted, caballero?
- ANS. He venido a dar una vuelta y cerciorarme de que no faltaba nada... Como hoy día la servidumbre es tan descuidada...
- CÉSAR. Ha hecho usted perfectamente. (Indicando la escoba.) En efecto, se habían dejado olvidada esa escoba.
- ANS. Es verdad. Ahora mandaré recogerla.
- CÉSAR. Escuche usted... Es probable que vengan unas cuantas señoras para presenciar el desfile de la comitiva. Haga el favor de mandarme al criado, al que por cierto no he visto todavía, para hacerle algunos encargos.
- ANS. El caso es... que no sé si ha salido ahora.
- CÉSAR. Mándemelo usted en cuanto vuelva.
- ANS. Por el momento, si usted quiere, nuestra criada irá a lo más urgente...
- CÉSAR. Bueno... Avise en el café próximo unos helados, té, refrescos... (Nervioso.) Que traigan algunas flores...
- ANS. Flores acaban de traer... El criado las colocó ahora mismo.
- CÉSAR. Son pocas. Alguna más.
- ANS. Las encargaré... En cuanto al gasto...

- CÉSAR (Impaciente.) Tenga. (Le da un billete.)  
ANS. Se le entregará a la criada, con el permiso de usted.
- CÉSAR Como usted guste, conde.  
ANS. Con el permiso de usted, señor abogado (Vase por la segunda izquierda con mucha dignidad, llevándose la escoba.)
- CÉSAR (Abre la ventana del foro después de recorrer con la mirada toda la habitación, nervioso e intranquilo. Después consulta el reloj.) ¡Y todavía sin venir! (Se oye dentro un timbre.) ¡Gracias a Dios! (Vase corriendo por la derecha y a poco vuelve seguido del MARQUÉS.)
- MARQ. Te digo que tienes razón, pero no he podido venir antes. (Examina la habitación con cierta complacencia)
- CÉSAR Antes de que se me olvide. ¿Llevas tarjetas tuyas en la cartera?
- MARQ. Seguramente.
- CÉSAR Dame algunas. (Toma las tarjetas que le da el Marqués, deja unas cuantas sobre el bufete o mesa de despacho y se va por la derecha llevándose una.)
- MARQ. Está muy bien esto... Muy bien... Muebles antiguos..., muy buenos... Objetos de gusto... Y todo dispuesto con elegancia. (A César, que vuelve.) ¿Adónde has ido?
- CÉSAR A clavar una tarjeta tuya en la puerta de entrada.
- MARQ. ¡Hombre, tiene gracia!
- CÉSAR No tomes las cosas en broma... ¡Si supieras lo preocupado que estoy!... Haz el favor de mirar si hay por aquí algo que pueda comprometerme. (Escudriña los muebles.) ¡Ah, allá dentro! (Vase corriendo por la izquierda.)
- MARQ. ¡Pobrecillo!
- CÉSAR Tampoco hay nada... ¡Y pensar que todas estas zozobras tengo que agradeceréte las a ti por haber tenido la brillante idea de invitar a todo el mundo...
- MARQ. Ya que me ponías un piso en la calle Nacional me parece que tenía derecho a disponer de él... Además, yo no he invitado; fué tu suegra, la Baronesa, la que se invitó... ¡Y tú no supiste buscar un pretexto!...
- CÉSAR ¡Y tú no supiste buscar un pretexto!...
- MARQ. Ah, mi carácter... No sé decir que no a nadie... Pero, ¿van a venir o no?
- CÉSAR ¡Cualquiera lo sabe con certeza!... Mi mujer ha ido a recoger a su madre... ¡Mira que mi

mujer en esta casa!... Es un desahogo inaudito... una especie de profanación... ¡Y también te lo debo a tí!... No puedes tener idea de lo que esto me avergüenza, me mortifica! Podías haberles prohibido que vinieran.

MARQ.

CÉSAR

Pero, ¿no comprendes que si les prohibo venir hubieran sospechado lo mismo mi suegra que mi mujer? Ya sabes que por nada de este mundo consentiría yo que la pobre tuviera un disgusto por mi culpa... ¡También es una gracia la del dichoso rey de Inglaterra ocurriéndosele venir a Roma!...

MARQ.

En eso tienes razón. El Rey de Inglaterra es el que tiene la culpa.

CÉSAR

Bueno, que no hay tiempo que perder. No tienes que olvidar ni un solo momento que estás en tu casa. El piso, fíjate bien, consta de varias habitaciones. El recibimiento, por donde has entrado. (Señala hacia la derecha.) Esta habitación que sirve para todo. Despacho, comedor en algunos casos, sala de recibir... Aquí, en la izquierda, hay otro gabinete con balcón a la calle... Comunica con otra habitación... Pero a ella no es preciso que lleves a los invitados.

MARQ.

CÉSAR

¡Ya! Es la alcoba.

No... Sí... No sé. En fin, que no es un cuarto para recibir. Dentro hay un ropero, una cocina que no se utiliza. ¡Ah! Recuerda que los balcones que dan a la calle no son cuatro como dijiste ayer, sino dos: éste y el del gabinete inmediato.

MARQ.

Dos. Está bien. Hay de sobra, caramba. Con un gabinete con alcoba tenías de sobra. Un piso como este en la calle Nacional vale una fortuna.

CÉSAR

No te creas que no sabe aprovecharse el dueño del piso, pero necesitaba a toda costa que fuese éste.

MARQ.

Ya, ya. Una calle céntrica, una modista en la casa...

CÉSAR

Ya ves. La bonita circunstancia de la vecindad de una modista de fama me va a salir también hoy por un pico. Mi suegra viene por curiosidad, por meterse en todo según su costumbre, y fiscalizar cómo vives, pero mi mujer viene por la modista. Ya me lo ha insinuado. (Durante el diálogo habrá sacado de los

cajones de los muebles algunas botellas de licores y copas y bandejas con bizcochos y pastas.) Por Dios, mucho cuidado. Pórtate en todo como un gran señor...

MARQ. ¿Como un gran señor!... ¡Que fácil es decirlo!

CÉSAR ¿Qué te pasa?... ¿Es que estás sin dinero?

MARQ. Por no variar... ¿Te extraña acaso?... A mí me extrañaría tenerle... Anoche estuve en el Club...

CÉSAR ¿Y jugaste?

MARQ. Jugaba Alfieri; se quedó sin una lira, y como yo soy un buen amigo suyo... el que se quedó sin una lira fui yo... Y a principio de mes, cuando mi administrador acababa de entregarme mi mezquina renta y no había pagado las cuentas del restaurant, de mi casa...

CÉSAR No te apures. ¿Qué necesitas?

MARQ. Imprescindiblemente, quinientas liras.

CÉSAR Tómalas; pero corrígete, ordena tus gastos...

MARQ. Mis gastos los tengo ordenadísimos; pero me es imposible ordenar los de mis amigos. Como todos conocen la debilidad de mi carácter, caen sobre mí como moscas. Si juego y gano, ¿cómo negarles nada? Si son ellos los que pierden, ¿quién se niega a ayudarles? Pues haz punto y raya. Deja las amistades. Te advierto que esa es la solución y hacia ella camino. Apenas me quedan ya amigos.

CÉSAR ¿Riñes con los desconsiderados?

MARQ. No, son ellos los que dejan de hablarme en cuanto me deben demasiado. El procedimiento es un poco caro pero seguro.

ANS. (Llamando por la segunda izquierda que siempre quedará cerrada.) ¿Da su permiso?

CÉSAR Voy.

MARQ. ¿Quién es?

CÉSAR El dueño de la casa. (Va a abrir.)

ANS. (Con unos ramilletes de flores y vestido de frac.) La criada ha traído las flores. He preferido entrarlas yo mismo...

CÉSAR Muy bien. (Ansaldo saluda al Marqués muy ceremoniosamente.) Pero, diga usted, ¿se puede saber dónde está ese dichoso criado?

ANS. Mire que casualidad. Como hoy casi es un día de fiesta nacional, mi señora le ha dado permiso para salir...

- CÉSAR ¡Vaya, precisamente el único día que yo podía necesitarle!... ¡Ya tengo ganas de echar la vista encima al dichoso criado!
- MARQ. Vamos, hombre, no hay que ser tirano con la servidumbre. (Dando a Ansaldo un golpecito familiar.) Su señora ha hecho perfectamente.
- ANS. (Muy solemne.) Muchas gracias, caballero. (A César.) ¿Me hace usted el favor de presentarme a este caballero?
- CÉSAR Con mucho gusto. El Marqués de Silvestre... El Conde de... de San Tertuliano.
- ANS. De San Policarpo, de la antigua y noble familia de Fabi... Mucho gusto...
- CÉSAR Dueño de esta casa.
- ANS. No, del piso primero nada más. Hemos cedido una parte al señor abogado aquí presente, porque resultaba un poco grande para nosotros.
- MARQ. Está muy bien amueblado.
- ANS. Muebles y cuadros de nuestro palacio. (Con énfasis.) Tenemos bastantes ilustraciones en la familia. En mil cuatrocientos un antepasado nuestro fué cardenal... casi Papa... Aquí tenemos su retrato. (Indica el retrato del cardenal.)
- MARQ. ¡Oh, es un honor para la familia! (Se oye el timbre de la puerta.)
- CÉSAR ¡Alguien viene! ¡Ellas tal vez!... ¡Si me ven!...
- MARQ. ¿Qué hago? ¿Voy a abrir?
- CÉSAR Tú, no, hombre. ¡Eres el amo de la casa! (A Ansaldo.) ¿No ha oído usted que han llamado a la puerta? ¡Si estuviese el criado!... ¿Quiere usted, conde, tener la bondad de ir a ver quién es?
- ANS. Si es por complacerle a usted!... (Duda un instante.)
- CÉSAR Sí. Hágame el favor. (Llaman de nuevo.)
- ANS. Con el permiso de ustedes. (Vase por la derecha.)
- CÉSAR Yo voy a dar la vuelta por las habitaciones de Ansaldo y saldré por la otra puerta a la escalera. (Mutis por la segunda izquierda.)
- MARQ. Por Dios, no me dejes solo mucho tiempo.
- JULIA (Dentro.) No se moleste usted. Nos anunciaremos nosotras mismas.
- BAR. (Desde la puerta.) ¿Qué tal? ¿Hemos cumplido o no nuestra palabra?
- MARQ. (Saliedo al encuentro de las señoras y besando la

mano a la Baronesa.) Señora Baronesa, cuanto honor para mi casa... Julia.. Temía, sin embargo, que no vinieran ustedes.

BAR.

¿Por qué?

MARQ.

Ir a casa de un muchacho soltero, siempre resulta algo comprometido..

BAR.

¡Para mí ya!... (Saluda a Ansaldo con un gesto cariñoso, recordando que el Marqués le ha dicho que es un criado que le llevó en sus brazos.)

JULIA

Y yendo juntas dos mujeres, no hay el menor peligro.

MARQ.

¡Ah! (Hace señas a Ansaldo para que se vaya. Este, haciendo profundas reverencias para que se fijen en él, y molesto porque no le han presentado, vase muy solemnemente por la segunda izquierda.)

BAR.

(Examinando la habitación.) ¡Qué austeridad!... La casa no puede tener un aspecto más severo y grave. Nadie diría que es el nido de un pollo... Supongo que ese anciano que nos ha abierto la puerta es el viejo criado de que me habló.

MARQ.

¡Eso es!... Es mi viejo criado.

BAR.

El que le llevaba a usted en brazos cuando niño..

MARQ.

Exacto. Cuando niño... Ahora ya no podría... Pero, siéntense...

BAR.

(Que sigue examinando la habitación.) ¿Este es uno de los balcones que dan a la calle Nacional?

MARQ.

Sí, Baronesa; uno de mis dos balconcitos...

BAR.

De los cuatro, querrá usted decir.

MARQ.

Dos, dos nada más. No tengo más que dos balcones.

BAR.

Ayer creí entenderle que cuatro.

MARQ.

¿Cuatro dije? ¡Sí! Justo, cuatro. Dos a la calle y dos al interior.

JULIA

(Asomándose al balcón.) ¡Qué vistas más bonitas!... ¡Y qué gentío!... Mira, mira, mamá.

BAR.

Seguramente, desde aquí veremos muy bien el desfile. ¿Lleva usted mucho tiempo viviendo en este piso?

MARQ.

(Mirando impaciente hacia la derecha.) No recuerdo... Pero, sí... Mucho tiempo.

JULIA

¿Y la modista?

MARQ.

Buena. Gracias.

JULIA

Preguntaba en qué piso vive.

MARQ.

¡Ah! Arriba... Mucho más arriba.

BAR.

(Examinando los objetos que hay sobre mesa, ar-

cones y bargueño.) Tiene usted objetos muy bonitos... preciosos. Esta miniatura es divina y el marco lo mismo. ¿Es antigua?

MARQ.

¡Antiquísima!

BAR.

(Examinando la miniatura con los lentes.) Muy antigua, muy antigua, no; pero sí del seiscientos...

MARQ.

Sí. Sobre poco más o menos.

BAR.

Observo que también es usted aficionado a las antigüedades.

MARQ.

¡Mucho!

BAR.

Es una miniatura muy interesante.

MARQ.

¿Le parece a usted así? En ese caso, Baronesa, yo renunció con mucho gusto a ella. Puede usted llevársela como recuerdo de esta visita.

BAR.

¡Oh, eso sí que no lo puedo consentir! .

MARQ.

Le ruego a usted que acepte este modesto obsequio.

BAR.

Si se empeña usted... Se lo agradezco muchísimo. Mira, Julia... (Le enseña la miniatura.)

MARQ.

Permitan ustedes un momento. (Se acerca a ANSALDO que ha entrado por la izquierda y le hace señas para que no se aproxime.)

ANS.

(Con mucha gravedad.) Ya están dispuestos los helados y refrescos pedidos por el señor abogado.

MARQ.

(Bajito.) Mucho le agradeceré, Ansaldo, que los haga pasar aquí.

ANS.

Es que como la servidumbre se halla ausente en este momento... podía entrarlos yo mismo, si le parece a usted, Marqués.

MARQ.

De no causarle una gran molestia, Ansaldo...

ANS.

De ningún modo, Marqués. (Se dispone a salir.)

BAR.

Cuanto más la miro, más artística la encuentro. La voy a colocar en mi salón en sitio preferente.

ANS.

(Al Marqués, muy extrañado.) ¿Qué dice? Esa miniatura...

MARQ.

No haga caso, Ansaldo. Retírese, retírese...

ANS.

Pero es que...

MARQ.

Se le indemnizará espléndidamente. (Le empuja hacia la puerta. Se oye el timbre.)

BAR.

¿Será César?

MARQ.

Estoy seguro. Voy a abrir yo mismo para abreviar. (Después de dudar por qué puerta irse, sale por la primera derecha.)

JULIA

Me parece que tardan los demás.

- BAR. Como hay tanta gente por las calles y por aquí no dejan circular los coches...
- CÉSAR (Entrando con el MARQUÉS.) ¡Hola, mamá! ¿Qué tal, Julita? ¿Qué temprano habéis venido!
- BAR. Tu amigo el Marqués nos había invitado de modo tan cordial...
- MARQ. Era un honor tan grande para mí... (Aparte a César.) Estoy sudando tinta. ¡Por Dios, no te apartes de mi lado!
- BAR. (A César.) Mira, César, que obsequio tan espléndido acaba de hacerme el Marqués.
- CÉSAR (Mirando al Marqués con ira.) ¡Muy bonito!... ¡Bonitísimo!
- BAR. ¿Sabes lo que nos pasa? He recibido una carta de la señora Farinelli diciendo que su hijo ha decidido retirarnos la comedia, seguro de que con los cortes que le hemos obligado a hacer y la pésima interpretación, le llevábamos a un fracaso. ¿Te parece qué necedad y qué grosería?
- CÉSAR Me parece que ese chico es la única vez que ha tenido un momento de inspiración.
- BAR. Tendremos que renunciar a la fiesta y mis pobres protegidas carecerán de dinero...
- JULIA (Que mientras tanto ha estado examinando los muebles y objetos del salón.) Mira, César, este cobre. Dime, ¿a quién se parece este angelote? ¿No es un vivo retrato de nuestro nene?
- CÉSAR Sí... Algo...
- MARQ. Pero ¿es de veras? ¡Qué casualidad! Permítame usted que le ofrezca esa tablita...
- JULIA ¡No faltaría más!
- MARQ. Ruego a usted que se me haga el favor de admitirla como modesto recuerdo...
- JULIA No, no.
- MARQ. No vale nada. No me diga usted que no, me contrariaría muchísimo.
- JULIA Muchas gracias entonces. Mira, mamá... (César sigue lanzando al Marqués furibundas miradas.)
- BAR. ¡Oh, es una pintura soberbia!
- JULIA Bueno, mamá, pero no te entusiasmes, que esta es mía.
- ANS. (Que ha entrado trayendo una bandeja con helados y refrescos.) ¿Cómo que es de usted?
- MARQ. (Avanzando.) Sí. Se la he regalado yo. Si no le molesta deje los refrescos... (Aparte.) Ya le he dicho que se le indemnizará. ¿Quieren ustedes un helado, un refresco?

- BAR. Yo a estas horas, no. Prefiero un vaso de agua clara. (A Ansaldo.) Traígame un vaso de agua, hombre.
- ANS. (Sin lograr dominarse.) ¿Cómo?
- CÉSAR (En seguida.) Nada, que mamá quería un vaso de agua. Aquí hay. (Sirve a la Baronesa.)
- MARQ. (Empujando a Ansaldo hacia la puerta.) Por ahora no necesitamos nada más. Puede usted retirarse. No se moleste por nosotros. Vaya a ver pasar la comitiva...
- BAR. Me agrada mucho la llaneza, el cariño con que trata usted a su criado... Esa consideración, que otros criticarían, a mí me parece verdaderamente señorial.
- MARQ. Le diré a usted, Baronesa, como es un criado que sirve tantos años en mi casa... Me llevó a mí en brazos, llevó en brazos a mi pobre madre...
- BAR. Por cierto, tendría gusto en conocer a su mamá. Aquí tendrá usted algún buen retrato suyo...
- MARQ. Claro, figúrese usted si tendré...
- BAR. Enséñeme el que considere usted más parecido.
- MARQ. (Mirando a César.) Es que en este momento... Aquí hay un album con varios... No sé si encontraré uno parecido... (Vuelve las hojas.) ¡Estel... Aquí está muy bien.
- BAR. ¡Pero si parece una niña!
- MARQ. Sí... muy joven... Como que ese retrato se le hizo precisamente el día de su boda.
- JULIA ¡Muy guapa!... Se parece a alguien que yo conozco... quisiera recordar...
- MARQ. (Retirando el album precipitadamente.) No me choca. Mi mamá se parecía a mucha gente.
- BAR. (Fijándose en el retrato del Cardenal.) Muy bonito retrato el de este Cardenal.
- MARQ. Un antepasado mío. En mil cuatrocientos estuvo a punto de que le eligieran Papa. Nuestra familia tiene muy honrosas ilustraciones...
- BAR. Es una hermosa pintura.
- MARQ. Si usted le quiere, sin cumplidos... (Hace ademán de subirse a descolgar el cuadro.)
- BAR. ¿Es auténtico este vaso?
- MARQ. ¡Y tanto! Encontrado en las excavaciones del foro romano... ¿Le gusta a usted?
- BAR. ¡Mucho!

- MARQ. Pues se le ofrezco con mucho gusto. Tengo veinte o treinta de esos vasos. (Intenta levantarle pero no puede.) Bueno, haré que se lo envíen a casa.
- BAR. (Gózosisima.) ¡Por Dios, Marqués, va usted a desalojar la casa por mí!
- CÉSAR (Enojado, coita la conversación.) Dispensadme, pero no habéis venido aquí a arruinar al Marqués sino a presenciar el paso de la comitiva. No vais a ver nada.
- JULIA Tiene razón. (Se asoma al balcón.)
- BAR. En cuanto veas pasar alguna carroza, avisá-nos.
- JULIA Ahora atraviesan la calle Clotilde y Luisita con Nesti. (saludando.) Ya me han visto. ¡Hola! (Entrando.) Ya entran.
- BAR. Sabe Dios los que nos vamos a reunir aquí.
- CÉSAR No importa. Creo que hay otro balcón.
- MARQ. Sí. Aquí tengo otro gabinete.
- CÉSAR Voy a recibirlos. (Vase por la derecha.)
- BAR. Tu marido se encuentra aquí como en su casa.
- MARQ. Claro, tenemos tanta confianza...
- LUISA (Entrando.) Muy buenas tardes.
- ART. A sus órdenes, señora presidenta. (Le besa la mano.)
- (Cambio de besos y saludos.)
- BAR. ¿En qué terminó el disgusto con tu marido?
- LUISA (Un poquito avergonzada.) Acabé por perdonarle.
- BAR. (A la Condesa.) Temía que no vinieras.
- COND.<sup>a</sup> ¿Por qué, tía?
- BAR. Qué sé yo... Como se trataba de la casa de un soltero...
- COND.<sup>a</sup> (Con sencillez.) ¿Qué inconveniente iba a tener en venir a una casa en la que sabía que estaba usted? (se oye sonar repetidamente el timbre de la puerta.)
- BAR. ¿Qué ocurre?
- CÉSAR No sé quién podrá ser. Voy a ver.
- BAR. ¡Te has convertido en el portero!
- MARQ. Es así. Siempre que viene hace lo mismo.
- CÉSAR Por abreviar... (Vase.)
- MARQ. Con tanto criado como tengo...
- CONDE (Entra corriendo.) ¿Y mi mujer? ¡Ah! Estas aquí.
- LUISA Sí, hombre, ¿qué te pasa?
- CONDE (Sentándose, fatigadísimo, sin poder hablar apenas.) Nada... cuando salisteis de casa de mamá yo me quedé despidiendo el coche... luego

quise alcanzaros, os perdí de vista... Cuando llegué a la calle Nacional, la fila de soldados no me dejó pasar... Tuve que dar la vuelta... He venido corriendo...

BAR. Ya lo vemos. Pero, ¿qué ha pasado?  
CONDE Nada. He venido corriendo porque sabe Dios a dónde pensaría que había ido...

TODOS ¡Ahl  
COND.<sup>a</sup> ¿Nada más que por eso?  
CONDE Nada más. Le he prometido a Luisa no separarme nunca de ella para demostrarla que soy un marido ejemplar...

BAR. ¡Pues vaya un susto que nos has dado!  
ART. Dígame, Marqués, ¿hace poco tiempo que habita usted este piso, ¿verdad?

MARQ. ¿Por qué?  
ART. Creo recordar que he venido a esta casa hace dos o tres años a ver a un amigo. La tenía arrendada una familia de la nobleza provinciana, que acababa de instalarse en Roma y arrendaba habitaciones amuebladas...

MARQ. Ah, sí. Eso es arriba, en el piso de arriba.  
CÉSAR (Para cortar la conversación.) ¿Sabe usted, amigo Nesti, que se ha desbaratado la fiesta a beneficio de la Asociación protectora de las muchachas seducidas?

ART. Lo sé. La señora Farinelli me ha escrito. Pero no podemos dejar desamparadas a nuestras acogidas. Como secretario propongo desde luego que se inicie una suscripción entre nosotros para compensar el quebranto.

BAR. ¡Muy bien! Mi secretario siempre tiene ideas geniales.

ART. Aunque no pertenezco a la nobleza, cuando se presenta la ocasión de ayudar a los desvalidos siempre me porto como un gran señor.

MARQ. (A César.) ¿Qué te parece? Estos burgueses no desperdician ocasión de achicar a los aristócratas.

CONDE Por mi parte, mamá, puede usted contar con cien liras.

BAR. Gracias, hijo mío.

ART. Yo me voy a permitir ofrecer doscientas cincuenta. (Dándose mucho pisto entrega unos billetes a la Baronesa.)

BAR. ¡Oh, qué generosidad, amigo Nesti! No esperaba yo menos.

- ART. Pequeñeces, pequeñeces...
- MARQ. (Molesto por la actitud de Arturo.) Como idea tan generosa se ha iniciado en esta casa y a mí me gusta quedar en ella como un gran señor, ahí van quinientas liras. (Se las entrega.)
- BAR. Verdaderamente no sé que decirle, Marqués...
- MARQ. Pequeñeces, pequeñeces...
- CÉSAR (Aparte al Marqués.) Pero, hombre, ¿te quedas sin las quinientas liras que me has pedido? Me darás otras... ¿Hubieras dado tú menos?
- MARQ. ¿Yo?... ¿Qué tengo yo que ver con eso?
- CÉSAR ¿Yo?... ¿Qué tengo yo que ver con eso?
- MARQ. ¿No eres tú el dueño de la casa y me has recomendado que no me dejase de portar como un gran señor?
- CÉSAR ¡Qué señor ni qué niño muerto! Estás desalojando la casa... y con lo que sabe aprovecharse el Conde me va a salir la visita por un ojo de la cara.
- MARQ. Pues mira que si se enterasen tu mujer y tu suegra te costaba los dos...
- LUISA (Desde el balcón.) Ahí va nuestro amigo Stilton.
- JULIA ¿Sí?
- CONDE ¡Qué airez se da!
- ART. Ahora se dirige a la estaci6n.
- CÉSAR Haz el favor de acompañar a mamá.
- MARQ. ¿A dónde?
- CÉSAR Al otro balcón.
- MARQ. Ah, sí. Venga usted por aquí, Baronesa. (se la lleva hacia la izquierda.)
- CÉSAR (Dándole un pellizco en el brazo.) ¡A la derecha!
- MARQ. ¡Ay!
- BAR. ¿Qué le pasa, Marqués?
- MARQ. Nada, nada, Baronesa. Calambres que me dan de cuando en cuando. (se la lleva del brazo por la puerta de la derecha.)  
(César y la Condesa se quedan en el centro de la escena. Todos los demás personajes están en el balcón.)
- CÉSAR ¡Me está dando cada susto esta criatura!... Me asombra tu sangre fría.
- COND.<sup>a</sup> Qué quieres. Es tan original la situación, que hasta me hace gracia. Ten tranquilidad, hombre. En los momentos de peligro siempre hemos de ser las mujeres las que demos pruebas de serenidad. Ven aquí...
- CÉSAR Pero...
- COND.<sup>a</sup> ¿Conque piensas marcharte a Florencia?

- CÉSAR Sí. Esta noche o mañana temprano.  
COND.<sup>a</sup> Supongo que me escribirás.  
CÉSAR Sí, pero...  
COND.<sup>a</sup> Vas a ver a tu antigua amiguita, ¿eh? ¡Buena pieza está nuestra buena amiga la señora de Vitalbil Apuesto a que ha sido ella la que te ha escrito.
- CÉSAR ¿Ella? ¡Ni siquiera me acuerdo yo de que existe tal mujer!  
COND.<sup>a</sup> ¿Va contigo el Marqués?  
CÉSAR No.  
COND.<sup>a</sup> Entonces, si vas solo, no me cabe duda de que vas por ella. Te conozco, César. Estoy segura de que en Florencia vas a jugar me una mala pasada.
- CÉSAR ¡Mujer!  
COND.<sup>a</sup> (Con dulzura.) No te ocultó que estoy celosa. Conozco a la de Vitalbi... Ahora está completamente libre...
- CÉSAR Te doy mi palabra...  
COND.<sup>a</sup> Pues lleva contigo a Julia.  
CÉSAR ¿A mi mujer?... Así... tan de repente...  
COND.<sup>a</sup> Acompañándote ella estoy yo tranquila...  
CÉSAR Sí, pero...  
COND.<sup>a</sup> No hay disculpa. Si quieres complacerme ha de acompañarte... (Llamando.) ¡Julia!  
JULIA (Acudiendo desde el balcón.) ¿Me llamabas?  
COND.<sup>a</sup> Sí, tengo que darte una sorpresa agradable. Acabo de inspirar a tu marido una idea.
- JULIA ¿Qué?  
COND.<sup>a</sup> Que te lleve con él a Florencia.  
JULIA (Muy alegre.) ¿De veras? ¿Es verdad que me llevas?
- CÉSAR Si quieres... Pero supongo que no tendrás nada preparado.  
JULIA No importa. Eso no es inconveniente. ¿Cómo iba a rehusar una atención tan delicada?  
COND.<sup>a</sup> ¿Verdad que he tenido una excelente idea?  
JULIA Ya lo creo. Porque tú no sabes que hay en Florencia una señora... Tenía mis celos.  
COND.<sup>a</sup> Pues ya que ves que para eso de desvanecer celos, tengo yo un gran secreto.
- JULIA No sabes cuánto te agradezco el favor que me haces. (La Condesa se va hacia el balcón y Julia se queda con César.) ¡Ay, César, qué alegría más grande me has dado! Soñaba con ese viaje. Déjame que te dé un abrazo como prueba de gratitud.

- CÉSAR      Mujer, que estamos en una casa extraña...  
Reprime tus ímpetus.
- JULIA      Tienes razón. Es la alegría que me rebosa  
por todo el cuerpo. Oye, para que los pre-  
parativos sean más rápidos, podríamos su-  
bir luego a casa de la modista, y con un  
par de «toilettes» completas...
- CÉSAR      ¡Mujer, tú lo quieres todo!
- JULIA      Es para lucirme a tu lado, picarón. Si vie-  
ras tú cómo te quiero y cómo sueño con  
este viajecito, que será una reprise del de  
novios. (Se sienta riendo con picardía en el diván.)
- CÉSAR      (Sentándose a su lado.) ¡Cómo me gusta verte  
reír así! Te prometo un viaje delicioso. (In-  
tenta abrazarla.)
- JULIA      (Rechazándole riendo.) ¡Por Dios, que estamos  
en casa extraña!
- CÉSAR      (Busco cambio.) ¡Tienes razón! Vámonos a  
Florencia... Vámonos de aquí.
- MARQ.      (Entra y sorprende el idilio de César y Julia.) Us-  
tedes dispensen.
- JULIA      (Sofocada, pero riéndose, se marcha corriendo por la  
izquierda.) Usted es el que tiene que perdo-  
nar.
- MARQ.      ¡Muy bien! Yo pidiéndote y suplicándote  
que no me dejes solo para no meter la pata,  
y tú, en cambio...
- CÉSAR      ¡Si supieras lo poco a gusto que me encuen-  
tro aquí!
- MARQ.      ¡Nadie lo diría! Quien se encuentra volado,  
pero volado de veras, soy yo. Tu dichosa  
suegra no me deja ni a sol ni a sombra.  
Ahora me pregunta que si tengo un despacho.  
Quiere hacer una lista de la suscrip-  
ción y me pide papel, tintero... Haz el favor  
de decirme dónde tengo mi despacho. . En  
el apuro, le he indicado la habitación que  
comunica con el gabinete...
- CÉSAR      ¡Qué has hecho! ¡Esa es la alcoba!
- MARQ.      ¡Hijo, yo qué sabía! Podías haberme dado  
una carta topográfica.
- CÉSAR      Cuando por casualidad tengo que escribir  
algo, utilizo este mueble. Aquí tienes papel  
y todo lo necesario. Aguarda, no sea que  
haya algún papel. (Rebusca en la mesita, bargue-  
ño o «bureau» que le sirve de escritorio.)
- BAR.      (Entrando en actitud severísima e intentando en vano  
aparentar serenidad.) Marqués...

- CÉSAR Mamá, aquí tiene el Marqués todo lo que te haga falta para las listas...
- MARQ. Sí, allí no escribo más que cuando duermo... cuando estoy acostado, quiero decir... aquí estará usted más cómoda...
- BAR. Muchas gracias. Aprovecharé con gusto...
- COND.<sup>a</sup> Los reyes, tía. Pasan los reyes hacia la estación.
- CÉSAR ¿Viene usted al balcón, mamá?
- BAR. (Con cariño.) Gracias. Vé tú ahora, hijo mío. Luego me llamarás, cuando pase la comitiva.
- CÉSAR Descuida, mamá. (Vase por la izquierda.)
- MARQ. (Disponiéndose a salir también.) Con su permiso, Baronesa...
- BAR. Perdone. Hágame el favor de quedarse.
- MARQ. (Contrariado.) Creí que iba usted a echar sus cuentas.
- BAR. Las cuentas pienso que las ajustemos juntos, queridísimo Marqués.
- MARQ. Como usted guste, Baronesa; pero la aritmética y yo no tenemos las mejores amistades.
- BAR. No se apure usted. Se trata solamente de una suma. Uno más uno...
- MARQ. Ah, entonces es bien sencillo.
- BAR. (Muy severa.) Señor Marqués... He tenido que hacer un gran esfuerzo para dominarme... pues no quería, de ningún modo, que nadie se diera cuenta de lo que en este momento está pasando por mi alma. ¡Muy bien, querido Marqués! Muy bien...
- MARQ. (Cándidamente.) Mil gracias, Baronesa... pero no sé de qué... Me parece que ya llega la comitiva... Si quiere usted conocer a Jorge...
- BAR. ¿Qué me importa a mí eso? Usted cree que yo he venido a esta casa para ver al rey de Inglaterra?... Yo he venido a esta casa valiéndome de la astucia porque sospechaba algo, y no he hecho más que poner los pies en ella y me he convencido de que eran ciertos mis recelos al ver la preocupación y el atolondramiento de usted... Ahora ya tengo lo que buscaba. Tengo las pruebas. ¿Entiende usted? Tengo las pruebas de todo. Es inútil que niegue usted, Marqués. Sé toda la verdad.
- MARQ. ¿Lo sabe usted todo?

- BAR. ¿Y tuvo usted valor para rogarme que viniera a esta casa?... ¡Qué horror!... Siento que la vergüenza se me sube a la cara.
- MARQ. Señora... reconozco que he obrado incorrectamente, pero que toda la culpa de este engaño...
- BAR. ¡Ah! ¿Reconoce usted que ha obrado incorrectamente? Con eso ya tengo bastante.
- MARQ. Pero quiero hacer constar que si me he prestado a semejante farsa, ha sido, según costumbre, por la excesiva bondad de mi corazón, por debilidad de carácter...
- BAR. ¿Que se ha prestado usted?... ¿Por debilidad de carácter?... Tenga usted presente, Marqués, que está comprometida la honra de una dama, pues de seguro usted no se atreverá a negar la evidencia de los hechos desde el momento en que puedo poner ante sus ojos el retrato de mi sobrina Clotilde que acabo de encontrar en un cofrecito de talla en el cuarto aquel... ya sabe usted en cuál. Ahórreme la vergüenza de nombrarle.
- MARQ. (Turbadísimo, balbuceando, pues no sabe qué contestar.) Pues verá usted... Tal vez un descuido... un olvido...
- BAR. (Leyendo la dedicatoria.) «Para cuando no estoy aquí.»
- MARQ. Eso es... «Para cuando no estoy aquí».. Yo le diré a usted de lo que se trata...
- BAR. Hable usted. Soy toda oídos.
- MARQ. Pues, se trata de una serie de fatalidades de las que yo no sabría dar a usted cuenta exacta sin exponerme a ser indiscreto...
- BAR. Yo quiero suponer que usted sabrá por lo menos aceptar la responsabilidad que le corresponde para con la dama a quien recibe aquí en su casa como amante...
- MARQ. ¿Yo?... ¿Que yo recibo?...
- BAR. ¡Oh! ¡Esto es ya ignominioso!... De saber tan horrible cosa ese ángel que se llama mi hermana, de seguro que se muere de vergüenza... Y si viviera ese otro ángel (Señala hacia el album.) su madre de usted, seguro es también que se pondría roja de vergüenza.
- MARQ. ¡Ah, ya!
- BAR. Procuremos, por lo tanto, evitar todo escándalo... Por mi parte, por mucho trabajo que me cueste, fingiré ignorarlo todo... No diré

nada a nadie, hasta que usted, señor Marqués, haya hecho lo que le dicte su conciencia... A Dios gracias, Clotilde es viuda, usted soltero...

MARQ. Perdone usted...

BAR. Supongo que no dudará usted un momento y comenzará en seguida a dar los pasos necesarios...

MARQ. Es que...

BAR. Nada. Necesito que me lo jure usted. Júremelo poniendo su mano sobre ese album, ante el retrato de esa noble dama...

MARQ. No es eso lo que yo quiero jurarle, sino que...

BAR. Basta. Con eso me basta...

ANS. (Apareciendo.) ¿Dan ustedes su permiso?

BAR. (Mirándole con desprecio.) ¡Qué exquisita discreción! Bien se conoce, viejo perro faldero, que está usted acostumbrado a tener que evitar la sorpresa de ciertas escenas...

MARQ. ¡Que llega el rey! ¡Vamos a dar unos vivas patrióticos!

ANS. Se me explicará qué es eso de perro faldero...

BAR. Después de haberle llevado en sus brazos, ahora que no puede hacer otra cosa le lleva a los brazos ajenos. ¡Quítese usted de mi vista, celestino repugnante!

ANS. ¡Esto ya es demasiado!

MARQ. (Lleva aparte a Ansaldo e intenta calmarle.) Seréne-se, seréne-se, Conde... Se trata simplemente de un equívoco.

ANS. Esa dama me ha ofendido.

MARQ. Está algo así, ¿sabe usted?

ANS. Es que lo que me ha dicho...

MARQ. Se le indemnizará, Conde, se le indemnizará.

(Todos los demás personajes que están en el balcón prorrumpen en gritos de: ¡Ya viene! ¡Ya están aquí! ¡El rey de Inglaterra! ¡Los reyes! y llaman a la Baronesa.)

CÉSAR (Que ha oído las últimas palabras de la Baronesa, aprovecha la confusión para llevársela.) Vamos, mamá. Venga usted.

ANS. Marqués, yo tengo derecho a que se me explique...

MARQ. Luego, mañana... Otro día. ¿A qué ha entrado usted tan inoportunamente?

ANS. A decirles a ustedes que han traído los helados y los bizcochos que faltaban.

- MARQ. Pues tómese los usted. Con los que hay ahí tanemos bastante. Ande, vaya a tomárselos antes de que se enfrien. (Le empuja hacia la puerta.)
- CÉSAR (Volviendo.) ¿Se puede saber qué demonio ocurre?
- MARQ. ¡Casi nada! Que la Baronesa, al escudriñar dentro de un cofrecillo que tienes en la alcoba ha encontrado un retrato de Clotilde con una expresiva dedicatoria.
- CÉSAR (Alarmadísimo.) ¿Un retrato? ¡Sí!... Continúa...
- MARQ. Y como la dedicatoria es anónima, y la Baronesa cree que esta es mi casa, ha supuesto que su sobrina viene aquí por mí...
- CÉSAR ¿Por tí?... ¡Menos mal!
- MARQ. ¿Cómo que menos mal?... Sí, en medio de todo tienes razón. Ese es el mal menor...
- CÉSAR ¿Por qué?
- MARQ. Porque la Baronesa, con esa manía que tiene de casamentera, que es capaz de concertar la boda del sol con la luna, casi me ha hecho jurar que he de casarme con su sobrina...
- CÉSAR (Rompiendo a reír.) ¿Tú?... ¡Qué gracia tiene!
- MARQ. ¡Ah! ¿Vas a reírte encima? Bueno, ya me reiré yo cuando cuente a todo el mundo la verdad...
- CÉSAR ¡Juan!... ¡Por Dios!... ¡No harás semejante disparate! Sería mi desgracia... mi ruina...
- MARQ. ¿Es que quieres que me case con tu amiga?
- CÉSAR Juan, por lo que más quieras... Tú que eres tan bueno... que a nadie le niegas nada...
- MARQ. Eso no, eso no... ¡Sería ya el colmo de la debilidad! (se deja caer abrumado en una butaca.)  
(Todos los personajes vuelven del balcón charlando muy animadamente y van despidiéndose del marqués a tiempo que cae el telón. Fuera se oye una banda militar y vivas de la multitud.)
- JULIA Nos retiramos, Marqués...
- CÉSAR Adiós, Juanito... Hasta la vuelta.
- JULIA ¿No sabe usted que este modelo de mariditos me lleva en viaje de luna de miel?
- BAR. Señor Marqués... Nada tengo que decirle...
- ART. Muy buenas tardes... (vanse todos riendo mientras el Marqués se mesa los cabellos desesperado.)



# ACTO TERCERO

---

La misma decoración del acto primero. Es de día

---

(ARTURO aparece escribiendo una tarjeta. CASIMIRO, de pie, a su lado, espera que termine. LUISA entra por el foro.)

LUISA

¿Dónde está mamá?

CAS.

Todavía no ha vuelto, señorita Luisa.

ART.

(Poniéndose en pie.) Condesa...

LUISA

Hola, amigo Arturo. Perdone. No le había visto.

ART.

Estaba poniendo unas líneas a la Baronesa pidiéndole que me excusara por no poder almorzar con ella.

LUISA

¡Ah! ¿También estaba usted invitado a almorzar con nosotros?

ART.

Sí, pero me es imposible tener ese placer. Usted me disculpará con su mamá. (Rompe la tarjeta. Casimiro se va por el foro.) El éxito de nuestra Asociación es tan grande, tan rotundo, que no nos deja punto de reposo.

LUISA

¿Qué entiende usted por éxito?

ART.

Que de día en día aumenta hasta un punto inconcebible el número de mujeres reclamadas por la Asociación protectora de las muchachas seducidas y abandonadas...

LUISA

¡Ah!

CONDE

¿Estáis aquí? ¡Qué olfato tiene tu perrito!  
Hola, amigo Arturo. Desde el Banco me dirigí corriendo a casa y me digeron que acababas de salir. En seguida supuse que habías venido a hacer a mamá la visita matutina. Mira cómo he acertado.

- LUISA Pero no era para que vinieses corriendo...  
CONDE Es que sé cómo las gastas tú. Ya estarías pensando ¿dónde estará mi maridito? Es imposible que le hayan entretenido tanto en el Banco... Y antes de que empezaras a hacer suposiciones fantásticas, aquí me tienes. ¡Ah! cuando yo salía de casa entraba tu hermana Julia, que acaba de regresar de Florencia.
- LUISA ¿Y se ha quedado en casa?  
CONDE No sé. Me dijo que tenía que contarte muchas cosas. Yo la dejé por no perder tiempo.. Ya te he dicho que no quería entretenerme por temor a que pensases mal.
- COND.<sup>a</sup> (Entrando por el foro.) Muy buenos días.  
CONDE Hola, Condesa...  
LUISA ¿Tan temprano tú por aquí?  
COND.<sup>a</sup> La tía me ha escrito invitándome a almorzar y rogándome al mismo tiempo que viniera un poco antes.
- LUISA Pues no ha regresado todavía... Perdonadme, pero tengo que volver a casa. No sé si Julia me estará esperando allí. Me ha dicho Esteban que hoy ha regresado de Florencia.
- COND.<sup>a</sup> Pues anda. Por mí no os entretengáis.  
MARQ. (Entra por el foro.)  
LUISA (Con intención.) Vaya. ¡También el Marqués por aquí!
- CONDE Apuesto a que venías por mamá ¿No? Pues no está en casa.
- LUISA ¿También le ha convidado a almorzar?  
MARQ. En efecto... La Baronesa me ha honrado...  
ART. Pero la invitación era para las doce...  
MARQ. Pues por lo visto la Baronesa deseaba encontrarse conmigo un poco antes, pues me ha citado para las once.
- COND.<sup>a</sup> Entonces, Marqués, esperaremos juntos...  
MARQ. Con muchísimo gusto... Encantado. Figúrese.
- LUISA Vaya, me voy corriendo. Si Julia no está en casa habrá entrado a oír misa en la iglesia de al lado. Adiós, adiós. Hasta ahora.
- CONDE Espera, mujer, espera. No quiero dejarte. (Vase tras ella.) (Se sientan la Condesa, el Marqués y Arturo)
- COND.<sup>a</sup> (Después de una breve pausa.) ¿Hay alguna novedad?  
ART. Que yo sepa, ninguna.

- COND.<sup>a</sup> ¿Y usted, marqués?
- MARQ. No.. Nada... (Pausa.)
- ART. (Levantándose bruscamente.) ¡Condesal
- COND.<sup>a</sup> (Asustada.) ¡Ay, por Dios!...
- ART. Se me había olvidado que tengo muchísimo que hacer. Discúlpenme con la Baronesa. Me retiro.
- COND.<sup>a</sup> Como usted guste.
- ART. Adiós, querido Marqués. (Saluda y vase.)
- MARQ. No le creía tan listo. Le devuelvo mi estimación.
- COND.<sup>a</sup> De fijo se ha creído que nos habíamos dado aquí cita usted y yo.
- MARQ. En cambio, yo apuesto a que ha sido la Baronesa la que ha dispuesto las cosas de modo que nos viéramos aquí los dos solos para celebrar la entrevista decisiva... Pero ella no viene.
- COND.<sup>a</sup> Por lo visto ha tenido que ocuparse de alguna muchacha seducida y abandonada que necesita la protección de la Sociedad...
- MARQ. Como tenga ella que encargarse de todas no le va a quedar ni tiempo para comer...
- COND.<sup>a</sup> (Riendo.) En efecto... Ha echado sobre sus hombros una labor abrumadora en estos tiempos...
- MARQ. Dichosa usted que aún tiene gana de reir... Yo, por más que intento tener tranquilidad... dar largas al asunto... La Baronesa ha establecido a mi alrededor una especie de sitio y no me deja un momento de reposo.
- COND.<sup>a</sup> Sin embargo, la cosa no es para apurarse. ¿Qué es lo que pretende mi tía? ¿Que se case usted conmigo?
- MARQ. Eso es... pues sigue creyendo que usted era... mejor dicho, que yo era...
- COND.<sup>a</sup> Pues como no hay nada de eso, con negarnos en absoluto, en paz.
- MARQ. (Rotundamente.) ¡Ah, en eso estamos de perfecto acuerdo!
- COND.<sup>a</sup> ¡Qué galante es usted!
- MARQ. Perdón... Pero comprenderá usted que cuando uno no sabe las cosas a tiempo, es una desgracia; pero cuando se sabe lo que yo he sabido... Yo soy un buen amigo de mis amigos. Nunca les he negado un favor...; pero de ahí a que me exijan el heroísmo... Este lance es de lo más desdichado que ha podi-

do ocurrirme... Enamorado yo de una mujer por primera vez en mi vida... dispuesto a hacer por ella las mayores locuras... y de pronto, caigo en la cuenta de que esa mujer quiere a otro... es de otro y se cree que es mía... La situación no puede ser más ridícula... Todo el mundo se cree que soy Lúculo comiendo en casa de Lúculo, cuando resulto aún más infeliz que Lázaro, contentándose con las migajas...

COND.<sup>a</sup> Vamos, hombre, no diga eso cuando se ha cansado de repetir que le horrorizaba el matrimonio...

MARQ. Porque no había pensado en las ventajas de las viudas... Lo que son las cosas... Hace seis días suspirando por una mujer... y hoy teniendo que hacer lo imposible para no casarme con ella... En fin... Seguiremos la farsa. Inventaremos cualquier estratagema... No dejo de discurrir...

COND.<sup>a</sup> (Tendiéndole la mano.) Pero buenos amigos siempre...

MARQ. Lázaro, Lázaro... Las migajas del amor son la buena amistad...

COND.<sup>a</sup> Francamente. Estoy muy satisfecha por haber tropezado con un buen amigo. Con un hombre de corazón que sabe comprender y compadecer las pasiones humanas.

MARQ. ¡Ah, eso sí puede usted afirmarlo!

COND.<sup>a</sup> Y que por lo mismo ha de defenderme a todo trance en el caso de que—¡no lo quiera Dios!—se llegue a descubrir la verdad. ¿No es eso?

MARQ. Sí, pero me figuro que de ocurrir ese... descubrimiento, no le haría a César maldita la gracia. Buena prueba de ello es su modo de conducirse... Bien se ve que está decidido a evitar a toda costa cualquier escándalo... Y hágase usted cargo. ¿Qué sería de él, de su mujer, de usted y de mí, que en este asunto estoy haciendo un papel tan nuevo como poco envidiable?

COND.<sup>a</sup> Comprendo. La farsa acabaría en drama... Pero yo podría decirle: Escoge entre tu mujer y yo.

MARQ. Bonita frase para una heroína de novela... Seguro estoy de que él escogería a su mujer.

COND.<sup>a</sup> ¡Ya veríamos!

- MARQ. Seguramente. César es un hombre de muy buen sentido y no se siente héroe... Pero, perdone usted, Condesa, vamos a razonar. En tanto que todo ha ido sin tropiezos, ¿acaso no se ha avenido usted a amar a un hombre sin exigirle que sacrificase a su mujer? Pues ahora que ha sobrevenido esta pequeña catástrofe, ¿con qué derecho había de pedirle a ese hombre que sacrificara a su esposa, que no tiene culpa de nada la pobre?
- COND.<sup>a</sup> ¡Ah!, es que así discurre un hombre frío y calculador; no un hombre enamorado.
- MARQ. Es que el hombre enamorado está casado.
- JULIA (Por el foro, muy alegre.) ¿No molesto? Dícidmelo sin reparos.
- COND.<sup>a</sup> (Saliendo a su encuentro y besándola.) Hola, Julia. ¿Tú aquí?
- MARQ. (Saludándola.) Bienvenida, señora.
- COND.<sup>a</sup> ¿Has visto a Luisa? Ha vuelto a tu casa suponiendo que la esperabas allí o en la iglesia.
- JULIA (Riendo siempre.) Por lo visto estamos corriendo la una detrás de la otra.
- COND.<sup>a</sup> Aquí vendrá a la hora del almuerzo.
- JULIA Pues me quedo aquí... con tal de que no os moleste.
- COND.<sup>a</sup> ¿Qué vas a molestar, hija mía! Estamos hablando de cosas indiferentes.
- JULIA Vamos, vamos; no serán tan indiferentes...
- MARQ. Por completo... Hablábamos para esperar a la Baronesa.
- JULIA No puede tardar en volver... Creo que tiene que tratar cosas de importancia con mi marido... Como no hace nada sin consultarle...
- COND.<sup>a</sup> Dime. ¿Te has divertido mucho en Florencia?
- JULIA ¡Extraordinariamente!... De un modo que no puedes figurarte... Te he traído un pequeño recuerdo de este viaje, para mí inolvidable.
- COND.<sup>a</sup> Muchas gracias, pero no debías haberte molestado...
- JULIA ¿Cómo no? Es una prueba de gratitud, pues tú fuiste la que aconsejó a César que me llevara... ¡Qué inspirada estuviste!
- COND.<sup>a</sup> ¿De veras?
- JULIA Ya lo creo. Ya te digo que no sabes lo bien que lo he pasado.

- MARQ. ¿Ha resultado bien el concurso hípico?  
JULIA No sé... es decir, sí. Estuvimos una tarde un ratito.
- COND.<sup>a</sup> Pero, ¿no habíais ido a Florencia sólo por eso?  
JULIA En efecto, pero luego... Una mañana porque nos levantamos tardísimo... luego, porque nos pusimos a almorzar con un apetito inconcebible los dos solitos en un gabinetito precioso que nos habían dado en la fonda, y después, charla que te charla, se nos pasaron las horas, y los dos sin ganas de salir...
- COND.<sup>a</sup> En fin, que por lo que veo, vuestro viaje ha sido un verdadero viaje de novios.  
JULIA ¡Mucho mejor todavía!... De ahora en adelante aconsejaré a los recién casados que aplacen el viaje de luna de miel...  
MARQ. Hasta conocerse íntimamente...  
JULIA Ni más ni menos. No pueden ustedes imaginarse lo alegre y lo feliz que me he sentido yo estos días... Y César, no digamos... Jamás le he visto tan contento, tan satisfecho, tan dichoso...
- COND.<sup>a</sup> Hija, que sea enhorabuena.  
MARQ. (Mirando a la Condesa con intención.) Eso digo yo también. Que sea enhorabuena, señora.
- COND.<sup>a</sup> Habrás sentido regresar tan pronto.  
JULIA Sí, pero no creas. Vengo cansadísima. Todas las noches al teatro, luego a cenar...
- COND.<sup>a</sup> (Con intención) Hija mía, que no dejes nunca de ser tan dichosa como lo eres en este momento.  
JULIA Gracias, querida... Y que a los demás les ocurra lo mismo... Particularmente a ti... y a usted.
- MARQ. No sé cómo darle a usted las gracias.  
COND.<sup>a</sup> No comprendo el alcance de ese particularmente a él y a mí.
- JULIA Mujer, pues sencillamente; porque os aprecio y os quiero de veras.
- COND.<sup>a</sup> Ya noté que al entrar temías molestarnos, y hasta dijiste algo con cierto retintín...  
JULIA Después de todo eres libre, y no veo nada malo en que admitas la corte que te está haciendo el Marqués.
- COND.<sup>a</sup> ¡Ah! ¿Conque te has dado cuenta de que el Marqués me está haciendo la corte?... ¿Qué

apostamos a que ha sido César el que te lo ha hecho notar?... Vamos, no lo niegues.

JULIA

No... Ya sabes que César no se fija en esas cosas.

COND.<sup>a</sup>

Pero por lo menos te lo ha dejado suponer así. ¿No?

JULIA

(Riendo.) No te preocupe. Por mi parte sé decirte que en el caso del Marqués no dudaría ni un momento.

MARQ.

¡Oh! Ni yo en el caso de usted dudaría tampoco.

BAR.

(Por el foro, del brazo de CÉSAR.) Perdonenme ustedes.

COND.<sup>a</sup>

¡Tía querida!

MARQ.

Baronesa...

CÉSAR

Hola, querido... Condesa... (Cambio de saludos.)

BAR.

Culpen ustedes a César de gran parte de mi tardanza. He tenido que hablar extensamente con él para pedirle consejo sobre un asunto bastante delicado...

CÉSAR

Tengo la suegra más simpática que ha criado Dios.

BAR.

No, hijo mío, no. Yo debo ser quien dé gracias a la Providencia por haberme deparado un yerno como tú... Nunca se le olvida algo que pueda serme agradable. También me ha traído de Florencia una medalla preciosa.

MARQ.

Ya me figuro. De Julio César.

BAR.

Más antigua todavía. Es una moneda del tiempo de Numa Pompilio.

MARQ.

¡Si Adán hubiera conocido la moneda, tu suegra tenía una en su colección!

COND.<sup>a</sup>

Tía... Me decía usted que deseaba hablar conmigo...

BAR.

(Avanzando serena y solemne.) Sí... Así era, en efecto. Pero he hecho a César las confidencias del caso; pues para él no tengo secreto ninguno..., y él, para evitarme una situación penosa, ha querido encargarse de hablar contigo en mi nombre (Mirando al Marqués.) y después con otra persona... No hay que olvidar que César bien puede decirse que es el jefe de nuestra familia.

COND.<sup>a</sup>

¡Ah! ¿Con César?... Perfectamente. Tendré un verdadero placer en escuchar lo que tenga que decirme.

BAR.

(Al Marqués.) Pues entonces, querido Marqués...

- MARQ. Usted me manda, Baronesa...
- BAR. Si quiere usted tener la amabilidad de ofrecerme su brazo...
- MARQ. Tengo un verdadero honor.
- BAR. Julia tiene que contarme todavía bastantes cosas de su viaje. Estoy cierta de que usted la oirá también con agrado... Viene tan entusiasmada... (Vase por la izquierda.)
- COND.<sup>a</sup> (Después de una pausa, mirando burlona a César.)  
¿No tienes que hablarme? Pues habla, hijo mío. Soy toda oídos. Estoy llena de curiosidad. De la única carta que me has escrito desde Florencia no he sacado nada en limpio. Me decías en ella que no tuviese cuidado, que a tu regreso todo se arreglaría... En efecto, aquí me tienes tan tranquila... Con que..
- CÉSAR Te diré... Al pronto supuse que mi suegra no tenía más que una sospecha vaga... remota... y por lo mismo no di importancia a la cosa; pero ahora, en cambio...
- COND.<sup>a</sup> ¿Qué? Sigue.
- CÉSAR Que ella persiste en el equívoco... Para colmo de contrariedades, la otra tarde el Marqués, cogido de sorpresa, no negó que tú solías ir a aquella casa... Y así...
- COND.<sup>a</sup> ¿Y así?...
- CÉSAR Bien sabes lo intransigente que es tu tía en cuestiones de moralidad... Para ella, pues, no hay más que una solución, que yo soy el primero en reconocerlo, resulta de todo punto imposible.
- COND.<sup>a</sup> ¡Menos mal que así te parece también a tí!... Yo, además de imposible la encuentro ridícula... Bien. ¿Y qué le has contestado tú. Oigamos.
- CÉSAR ¿Yo?... Pues nada. He intentado convencerla de que la cosa no era tan grave como ella se figuraba, que podía muy bien haberse equivocado... Puedes figurarte en la situación tan anómala que me encuentro... No puedo insistir mucho, pues si luego llega a saber la verdad, resultaría peor, cien veces peor...
- COND.<sup>a</sup> (Serena, mirándola fijamente.) ¿Peor? ¿Por qué?
- CÉSAR ¿Y me lo preguntas? Pues nada, que si llega a saber que los protagonistas eramos tú y yo, es decir su sobrina y su yerno... Tienes que tener presente que yo estoy casado.

COND.<sup>a</sup> ¡Ya, ya... Y tu mujer no tiene ninguna culpa de todo esto. Ya me lo decía tu amigo hace un rato y qué buen sentido al mismo tiempo!

CÉSAR  
CONC.<sup>a</sup> ¡Qué alma tan grande tiene ese buen amigo. De manera que tú, entre tu mujer y yo, escogerías, ¡claro!, a tu mujer... ¡Eso también acaba de decírmelo tu amigo que tiene una alma tan sensible y tantísimo buen sentido!

CÉSAR  
COND.<sup>a</sup> Pero... Nada de peros... La mejor prueba de ello es que tú, tan previsor como de costumbre, le has dejado suponer a Julia que quien me hace el amor es él, nuestro buen amigo.

CÉSAR  
Mujer, esto es sólo una medida de precaución.

COND.<sup>a</sup> Ya, ya. En cuanto has visto que el horizonte empezaba a oscurecerse te has cogido a tu mujer y has comenzado a hacerte con ella el marido cariñoso, el amante apasionado... Todo acaba de decírmelo ella misma.

CÉSAR  
COND.<sup>a</sup> Pero... ¡Virgen santísima! No sabes más que replicar pero, pero... Yo en cambio, voy derecha a la conclusión. Oye. De ser yo una mujer propicia a los desenlaces dramáticos ¡qué escena tan tremenda te haría para demostrarte mi mortificación y mi pena! (Con tono triste que logra dominar en seguida.) No, hijo, no temas. No pongas esa cara tan compungida para estar en situación. No he de dirigirte el más leve reproche... Serénate... Tú eres un egoísta de primera fuerza y sólo tienes una preocupación. Que tu mujer siga viviendo tranquila y confiada respecto a tu conducta para poder tú seguir haciendo como hasta ahora lo que te venga en gana sin dejar de disfrutar de la paz doméstica. Perdona, Clotilde. Dime tú misma qué actitud debía haber adoptado.

COND.<sup>a</sup> ¡Si soy la primera en decirte que tienes razón una y mil veces! Yo soy la que tiene la culpa... La culpa de todo. ¿Acaso no he sido yo la que ha cometido una tontería tan enorme?... ¡Cómo que pretendía prescindir de una pequeñez! ¡De la esposa!... Y aún te-

nía yo valor para considerarla una cantidad despreciable!... ¡Qué equivocación la mía!... En fin, ya no pienso lo mismo.

CÉSAR

Sin embargo, no puedes negar que mi amor por ti es completamente sincero. Te lo he demostrado en todas las ocasiones.

COND.<sup>a</sup>

Aun admitiendo que ese sentimiento que abrigas por mí no sea un simple capricho, sino cierto amor, lo cierto es que a mí me colocas en segundo lugar... Después de tu mujer... En la comedia de tu vida yo no represento más que el papel de segunda dama, digámoslo así. La primera actriz siempre había de ser ella... Me había hecho la ilusión de que iba a ser... ¿cómo decirlo?... el manjar más delicado de tu mesa sin acordarme del modesto y cotidiano pan que te ofrecía tu mujer... Pensando que no sólo de pan vive el hombre, y el que tiene buen apetito pica un poco de cada plato... Pero llega un día en que los manjares delicados se acaban y bien hartan... y entonces el comensal vuelve tan tranquilo a su pan de todos los días... Ahora, quien sale ganando es ella, Julia, y quien sale perdiendo, yo, naturalmente... Así es el mundo, amigo mío... Siempre ha de ser lo mismo... ¿Qué le vamos a hacer? (Se ríe con sarcasmo.)

CÉSAR

¡Qué reproches tan amargos para mí envuelven tus palabras!...

COND.<sup>a</sup>

¿Por qué ha de ser un reproche? Es una conclusión tan sencilla como lógica. Es lo menos que podías esperar de una mujer que ha sido tu amante y que, por tu suerte, no vive en el limbo. Permíteme que te dé un consejo de amiga, pues me precio en serlo tuya. Ten cuidado de tropezar algún día con una mujer falta de lógica... Y basta ya, queridísimo César. Sólo falta bajar el telón diciendo como los *Payasos*: «La comedia es finita.»

CÉSAR

(Risueño.) Vamos, vamos, que todo se arreglará perfectamente y la comedia, como tú dices, tendrá un desenlace a gusto de todos.

COND.<sup>a</sup>

No, no, querido. Yo me retiro por el foro. El papel de segunda dama no es de mi agrado ni mucho menos. ¡Me gusta dema-

siado el de primera actriz!... Reconozco que esta vez me he equivocado, pero equivocándose se aprende; así es que espero escoger mejor otra vez...

CÉSAR Clotilde, por Dios...

COND.<sup>a</sup> Esto también me lo ha dejado comprender tu amigo que es soltero...

CÉSAR ¡Y dale con el amigo!... ¿Sabes que ya empiezo a dudar?

COND.<sup>a</sup> (Riendo.) ¡Vaya, vaya con lo que salimos ahora! ¿También te vas a mostrar celoso a estas alturas?.. Deja también algo a los demás. Porque ahora todo estriba en eso. Ante mi tía soy culpable de tener un amante, ya comprenderás que no puedo negarlo...

CÉSAR ¡Llegando las cosas al extremo que han llegado!...

COND.<sup>a</sup> A la casa de la calle Nacional no puedo haber ido más que por ti o por el Marqués... No hay más remedio que escoger... Hazte cargo, hijo mío...

MARQ. (Entra.) Cuidado que viene la Baronesa.

COND.<sup>a</sup> (Fingiéndose.) Gracias, César... No cabe mejor consejo que el que acaba de darme. (Se lleva el pañuelo a los ojos.)

CÉSAR ¿Qué dices? (Viendo a la Baronesa.)

BAR. (Muy solemne.) ¡Clotidel!...

COND.<sup>a</sup> (Simulando estar muy conmovida.) ¡Tía de mi alma, necesito que me perdones!...

BAR. No estaba yo engañada, pues aunque pretendían hacerme creer lo contrario... ¡Desgraciada!

COND.<sup>a</sup> Sí... He ido a aquella casa... Sería inútil negarlo.

BAR. Pero, hija, por Dios, ¿y tu decoro?

COND.<sup>a</sup> No tengo por qué ocultarte que una simpatía tan honda como extraña me indujo a prescindir de toda consideración... Confieso mi culpa.. Pero este caballero (señala al Marqués.) puede darte su palabra de que he logrado dominar mis flaquezas y nada en absoluto tenemos que reprocharnos ni él ni yo.

BAR. ¡Quién va a creer semejante cosa aunque lo jures!

COND.<sup>a</sup> Dígalo usted, Marqués.

MARQ. (En un arranque de cólera e indignación.) ¡Ah, eso sí que no!... ¡Esto ya es demasiado!... No se

- puede abusar de este modo, señores!... Esta historia va siendo ya harto largal...
- COND.<sup>a</sup> ¡Qué más dal... No por eso mi tía ha de negarse a oirla hasta el final...
- BAR. Marqués, con confesar su culpa, mi sobrina me ha predispuesto al perdón... Ahora hago un llamamiento a su caballerosidad...
- MARQ. (Retrenando la cólera con gran trabajo.) ¿A mi caballerosidad?... Se recurre una vez más a la nobleza, a la debilidad del Marqués de Silvestre para que repare...
- CÉSAR. (Conteniéndole.) Vamos, Juan, no te excites de ese modo.
- COND.<sup>a</sup> (Con acento muy suplicante.) Juan ..
- MARQ. (Mira alternativamente y con gran indignación a la Condesa y a César, y después, como si de pronto se le ocurriese una idea salvadora, se da una palmada en la frente y toma un fingido aire de exagerada melancolía.) No, no... No me excito... Más vale decirlo todo... Baronesa, va usted a saber toda la verdad... toda... No puedo seguir negando. (Se goza en la zozobra que está causando a César.) Escúcheme. Ese ángel (señala a Clotilde.) há sido para mi un consuelo incomparable... Ella iba a verme a mi casa; pero no impulsada, según usted sospecha, por un bajo sentimiento, sino atraída sin querer hacia un desventurado...
- BAR. ¿Un desventurado? No entiendo...
- MARQ. Su simpatía, mejor dicho, su puro afecto fraternal, surgió en su corazón desde el momento en que yo la revelé mi secreto. (Gesto de sorpresa en todas las caras.)
- BAR. ¿Hay un secreto?
- MARQ. ¡Y qué secreto!.. Un secreto tan atroz, tan terrible, que hasta temo que un día acabe con mi vida misma...
- BAR. Por Dios, Marqués, que nos tiene usted con el alma en un hilo. Venga de una vez ese secreto...
- MARQ. (Con gesto exagerado y cómico.) Nada... que en este valle de lágrimas vive una pobre mujer seducida y abandonada, madre de una pobre criatura que es mía...
- BAR. (Con un grito de horror.) ¡Eso no puede ser!
- CÉSAR. (Aparte a la Condesa.) ¡Adónde va a ir a parar!
- COND.<sup>a</sup> (Mira al Marqués y a César y luego dice muy triste.) ¡¡Sill

- BAR. (Hondamente conmovida, parece dudar y se vuelve hacia César consultándole con la mirada.) Pero, ¿estás oyendo, César? ¿Qué te parece a tí?
- CÉSAR. Toda vez que Juan ha revelado el secreto... ¡Es verdad!
- BAR. ¿Es verdad?... ¡Cuando tú lo dices!... (Con gran pena.) ¡Seducida!...
- MARQ. ¡Y abandonada!...
- BAR. Bueno, pero, ¿esa mujer?...
- MARQ. ¡Vaya usted a saber! Sólo sé que vive lejos, muy lejos... Mientras yo... (Con acento cómicamente lúgubre.) sólo tengo por compañera la más negra pena, el más amargo remordimiento...
- BAR. Pero es preciso buscar a esa desgraciada... Encontrar medio de...
- MARQ. En eso precisamente nos ocupábamos la Condesa y yo cuando...
- BAR. Supongo que esa desventurada habrá escrito...
- MARQ. Una carta todos los días por espacio de seis años...
- BAR. Tiene usted que enseñarme esas cartas.
- MARQ. Ya están reducidas a cenizas... Ya le explicaré a usted todo con más calma... Pero ha de ser con una condición. (Con misterio.) Con la condición de que mi secreto quede celosamente guardado entre nosotros cuatro. Por mi parte, yo seguiré haciendo las pesquisas del caso.
- BAR. (A la Condesa.) Pero, ¿y tú?
- MARQ. (Con dulzura.) Ella, la pobre, ¿qué había de hacer? Me amaba por mis desventuras.
- BAR. Lo cual no quita para que hayas cometido una imprudencia gravísima.
- COND.<sup>a</sup> ¡Ay, títal! ¡Pero si supieras qué alegría tan grande sentía al prodigarle mis consuelos!... Por lo demás, no he hecho sino seguir tus santos ejemplos...
- BAR. ¡Vamos por partes! Yo no he llegado nunca hasta ir a hacer obras de caridad a casa de los muchachos solteros... y de los que más me gustaban, por más señas... De ahora en adelante espero que me dejes a mí ese cuidado tan delicado...
- MARQ. ¡He decidido mudarme, Baronesa!
- BAR. (Asintiendo.) Perfectamente... Apruebo esa delicadeza. (Acercándose a César.) ¿Estás viendo,

hijo mío? Mi trabajo aumenta y se complica de un modo alarmante..

COND.<sup>a</sup> (Aparte al Marqués.) ¿Conque piensa usted mudarse?

MARQ. Sí, pero he elegido una casa en la que también vive una modista famosa en el piso de encima.

COND.<sup>a</sup> (Sonriendo con malicia a través del abanico.) ¡Ah! ¿Sí?

MARQ. Pero, hasta ahora, la pobre, no cuenta entre su clientela ninguna condesa...

COND.<sup>a</sup> (Mirándole picarescamente.) ¡Pobrecilla!

(Entran JULIA, ESTEBAN y CASIMIRO.)

JULIA ¿Vamos, mamá?

CAS. La señora está servida. (Todos se dirigen hacia el comedor.)

CÉSAR. (Abrazando a Juan.) ¡Eres un buen amigo!

(Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

## Obras de Antonio Fernández Lepina

---

- Estrella*, juguete cómico en un acto. (Teatro Lara.)
- La mujer de Cartón*, humorada en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Barrera y Quislant. (Teatro de la Zarzuela.)
- Hilvanés*, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
- La fea del ole*, sainete en un acto, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Lleó. (Teatro Cómico.) (Tercera edición.)
- Don Gregorio el Emplazado*, inocentada, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro de la Princesa.)
- Chiquita y bonita*, entremés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Losada (Coliseo del Noviciado.)
- Los cuatro trapos*, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Foglietti y Escobar. (Gran Teatro.)
- Suspiros de fraile*, opereta bufa, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Carbonell. (Teatro Martín.)
- El mantón de la China*, sainete, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Torregrosa. (Teatro Cómico.)
- La corte de los milagros*, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro Martín.)
- Los envidiosos*, zarzuela, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Foglietti. (Teatro de la Zarzuela.)
- La señora Barba Azul*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quislant y Escobar. (Teatro Martín.) (Segunda edición.)
- El hongo de Pérez*, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra francesa, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Salón Nacional.) (Cuarta edición.) (Traducido al portugués.)
- La loca fortuna*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
- Pathé, Freres*, apropósito para varietés, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Padilla. (Príncipe Alfonso.)

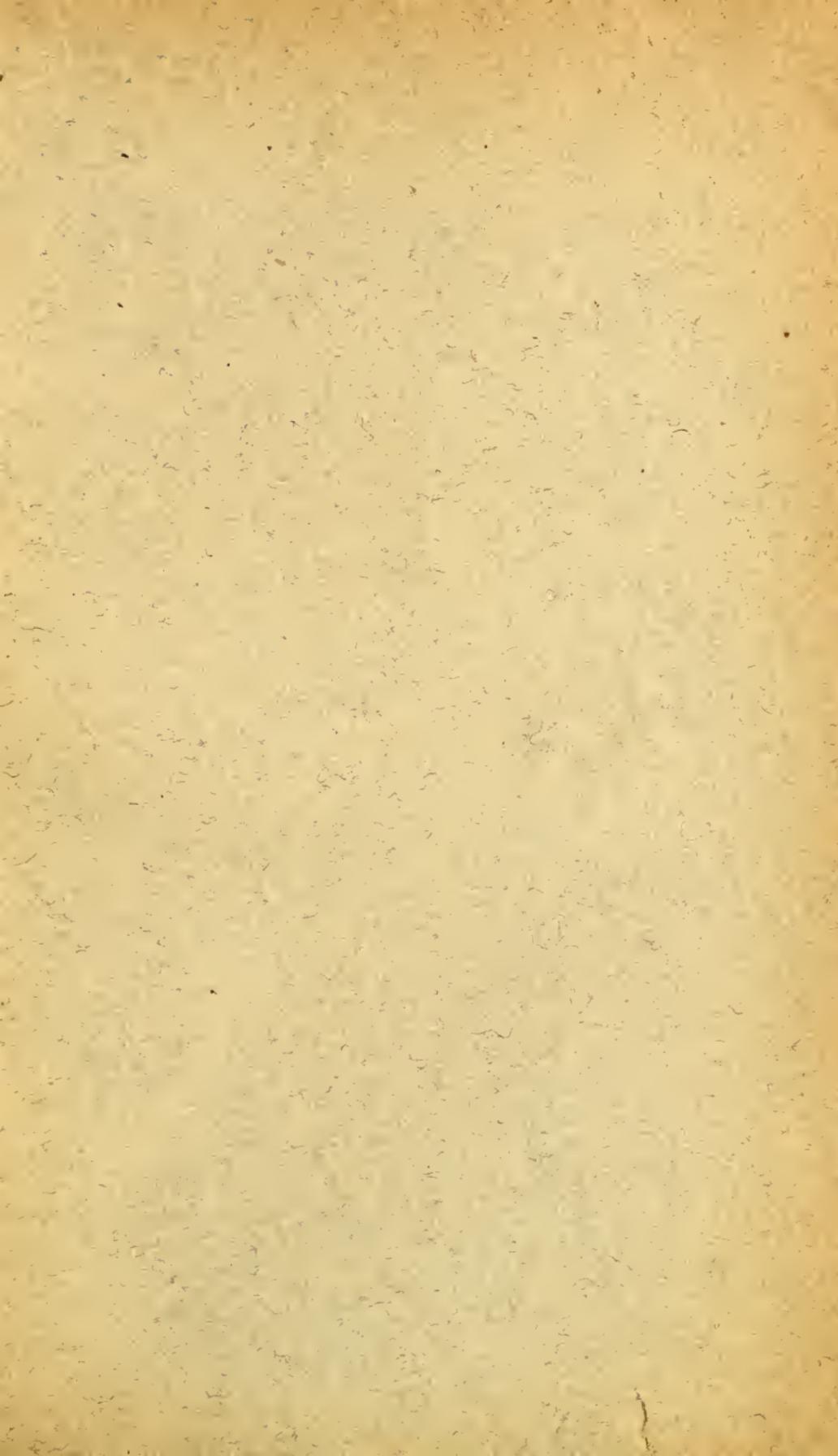
- El jipijapa*, juguete cómico en un prólogo y tres actos, escrito sobre el pensamiento de una obra francesa, en colaboración con Antonio Plañiol (Teatro Martín.)
- La perra gorda*, juguete cómico en tres actos, adaptación de una obra extranjera, en colaboración con Joaquín López Barbadillo. (Teatro Cómico.)
- La vocación de Pepito*, juguete cómico en tres actos, adaptación de «Jean III ó L'irresistible vocación du fils du Monducet», de Sancha Guitry, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Cervantes.)
- El nuevo testamento*, juguete cómico, en colaboración con Antonio Plañiol. música del maestro Calleja. (Teatro de Apolo.)
- El caballo de Espartero*, juguete cómico en dos actos, divididos en cinco cuadros y varias películas, adaptación de un vodevil francés, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Infanta Isabel.)
- El servicio doméstico*, juguete cómico en dos actos, escrito sobre episodios de «Le truc d'Arthur» de Chivot y Duru, en colaboración con Antonio Plañiol. (Teatro Lara.) (Traducido este arreglo al catalán.)
- Las sagradas bayaderas*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música de los maestros Quisiant. y Vela. (Teatro Martín.)
- Los chicos de la Calle*, juguete cómico en tres actos, en colaboración con Enrique García Alvarez y Antonio Plañiol. (Teatro Español.) (Traducido al portugués.)
- El señor Duque*, juguete cómico en tres actos. (Teatro Eslava.) (Tercera edición.) (Traducido al italiano, al portugués y al catalán.)
- Una buena muchacha*, comedia en tres actos, adaptación de «La buona figliola», de Sabatino López, en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.)
- La última opereta*, zarzuela, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro G. Giménez. (Teatro de Apolo)
- La maja de los Madriles*, humorada, en colaboración con Antonio Plañiol, música del maestro Calleja. (Teatro de Novedades.)
- Lulú*, comedia dramática en tres actos, original de C. Bertolazzi, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida esta adaptación al catalán.)
- La Rosario*, comedia en tres actos, original de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro de la Zarzuela.)
- El valiente capitán*, vodevil en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro. (Teatro Cómico.)
- Mario y María*, comedia en tres actos de Sabatino López, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Eslava.) (Traducida al portugués.)

- La Eva ideal*, fantasía, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de Novedades.)
- La embajadora*, zarzuela cómica en tres actos, en colaboración con Ricardo G. del Toro, música del maestro Giménez. (Teatro de la Zarzuela.) (Traducida al italiano.)
- El palacio de la marquesa*, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducida al portugués.)
- La aventura del coche*, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Cervantes.) (Traducida al catalán y al portugués.)
- La señorita Mariposa*, comedia en tres actos. (Teatro Lara )
- Un lio del otro mundo*, juguete cómico en tres actos. (Teatro Infanta Isabel.) (Traducido al portugués y al catalán )
- La máscara y el rostro*, humorada satírica en tres actos, de Chiarelli, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro Romea. Barcelona )
- La maestrilla*, comedia en tres actos de D. Niccodemi, adaptada en colaboración de Enrique Tedeschi. (Teatro de Lara.)
- El drama de la botica*, juguete cómico en dos actos. (Teatro Cómico.)
- Una broma de salón*, juguete cómico en un acto. (Teatro Cómico.)
- Un buen amigo*, comedia en tres actos de A. Testoni, adaptada en colaboración con Enrique Tedeschi. (Teatro Infanta Isabel.)
- Mi sobrino Fernando*, juguete cómico en tres actos. (Teatro Cómico.)









Precio: TRES pesetas



**Precio: TRES pesetas**